

Apuntes para la historia de AVC

Extracto del libro de Juan Fernando Terán, AVC revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa?; Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1994.

Eximiéndonos registrar todas y cada una de las acciones político militares efectuadas por considerarlo innecesarios, seguidamente se presentan algunos datos referentes a la trayectoria orgánica, política y militar de AVC. En tanto fue posible organizarnos la información por períodos cuya delimitación se efectuó considerando sucesos que, además de haber incidido sustancialmente en la situación orgánica interna de AVC, concuerdan con momentos diferentes de la práctica y/o pensamiento alfaristas. Dicha información es susceptible de ser imprecisa en materia de fechas, lugares, participaciones en los sucesos y circunstancias que rodearon a los hechos, cual consecuencia de factores como los siguientes.

En primer término, y puesto que el grueso de los datos fue obtenido desde la cárcel, no pudimos acceder a la opinión de algunos de los actores directos de los sucesos, así como, a escritos factibles de ser conseguidos por aquel entonces. Tal limitación, posteriormente, no pudo ser eliminada sea por la muerte de los individuos, sea por la pérdida irrecuperable de documentos, sea por nuestro distanciamiento de AVC.

En segundo término, la transmisión oral de buena parte de la historia de AVC favoreció el surgimiento de distintas interpretaciones sobre un mismo acontecimiento por parte de los militares alfaristas. Cosa nada extraña si se tiene presente, por un lado, la existencia de niveles de conocimiento diferenciales entre los militantes, -quienes por principio de funcionamiento manejaban la información estrictamente necesaria para el desarrollo de su trabajo específico-, que influyó en la apreciación global de los individuos sobre determinados sucesos y, por otro, la eventual distorsión o parcialización en las apreciaciones vertidas, sobre sucesos conflictivos de la vida orgánica interna, motivada por la existencia de relaciones diferenciales de solidaridad y confianza entre los alfaristas.

En tercer término, en virtud de la precariedad y escasez de las sistematizaciones escritas sobre la trayectoria histórica de AVC favorecida por la actividad clandestina y ajetreada de la militancia alfarista, así como, por la pérdida irrecuperable de diarios de combate y escritos personales de los Comandantes Históricos; circunstancia ésta que ciertamente se aminora con el libro “Insurgencia, Democracia y Dictadura” publicado en la segunda mitad de 1991. Puesto que ciertas porciones de la información ofrecida en tal texto no concuerdan con la aquí presentada, -paradójicamente, aquellas obtenidas en entrevistas a los mismos sujetos-, optamos por mantener nuestros datos en los casos de divergencia, pensando así guardar mayor correspondencia con la información, procedente de documentos internos de AVC.

La exposición se extiende hasta 1991 cuando AVC entregó las armas; extensión esta necesaria en función de poder demostrar una de las hipótesis de nuestro trabajo, como es aquello concerniente a la presencia de rasgos de continuidad ideológica y política con posterioridad a agosto de 1988. Resta señalar que alertaremos debidamente al lector

cuando nuestra narración aborde temas susceptibles de controversia en lo tocante a la precisión de la información, así como cuando recurra a nuestro testimonio para su estructuración.

Antecedentes inmediatos a la constitución de Alfaro Vive, Carajo!

La organización político-militar conocida con el nombre de AVC durante el periodo 1983-1988, surgió del acercamiento de grupos e individuos que, con autonomía entre sí y por lo menos desde principios de los ochenta, venían trabajando con la intención de iniciar la lucha armada en Ecuador. Inicialmente, aquellos constituyeron un Frente Revolucionario que reivindicaba la figura del General Eloy Alfaro, liberal radical líder de diversas revueltas armadas contra los regímenes conservadores de la segunda mitad del siglo XIX y, desde 1895 hasta 1912, Presidente de la República.¹

Entre los componentes iniciales del susodicho Frente, cuyas trayectorias políticas previas resumimos a continuación, se encontraban los siguientes. En primer término, ex-militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) que, con posterioridad a la 5ta. Conferencia Nacional de ésta organización (1978) y tras cuestionar el incumplimiento de los objetivos bajo los cuales se había constituido el movimiento en la década de los sesenta, decidieron “pasar” a la lucha armada.² Estos se aglutinaron en dos grupos: el primero, al que denominaremos fracción MIR-E, estaba compuesto predominantemente por individuos con experiencia político-organizativa en sectores estudiantiles urbanos, entre los cuales se hallaban Ricardo Merino ex-presidente del consejo estudiantil del Colegio Mejía, Fausto Basantes, ex-vicepresidente del consejo estudiantil del Colegio Mejía, ex-presidente de la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE) y ex-presidente de la Asociación Escuela de la Facultad de Administración de la Universidad Central del Ecuador (UCE); Lourdes Rodríguez, ex-presidente de la Asociación Escuela de la Facultad de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE); y Fabián Ramírez. Y, el segundo, al que denominaremos fracción MIR-M, comprendía a ex-miristas con antecedentes políticos ligados a organizaciones de masas no estudiantiles ubicadas en la provincia litoral de Manabí, cuna de las guerrillas liberales decimonónicas.

¹ Para mayores datos sobre la vida y obra de Eloy Alfaro, así como, sobre las características de la revolución alfarista y de la formación social ecuatoriana de aquella época, véanse: AYALA, Enrique, Lucha política y origen de los partidos en Ecuador. Corporación Editora Nacional. Quito 1982; QUINTERO, Rafael, El mito del populismo en el Ecuador, Universidad Central del Ecuador, Quito 1983; CUEVA, Agustín, El proceso de dominación política en Ecuador. Ed. Planeta, Quito, 2da.ed.1989.

² Información proporcionada por Orlando Pérez, ex mirista, ex alfarista y miembro de Montoneras Patria Libre (MPL) al momento de la entrevista efectuada por nosotros (1987).

Aproximadamente en el año 80, la fracción MIR-E, tomo contacto con una organización clandestina comandada por el Eber Gía quien, en la década del 70, fuera conocido por su participación e el secuestro del Industrial Antonio Briz. Dado que la estrategia de lucha de “los Gías”, -consistente en el crecimiento silencioso de la organización y en una acumulación de fuerzas a largo plazo-, no fue compartida por la fracción MIR-E, al cabo de unos meses, éstos se separan de aquellos. No obstante su brevedad, éste contacto le permitió a la fracción MIR-E, además del establecimiento de vínculos directos con el Movimiento 19 de Abril (M19), acceder a cierta instrucción militar necesaria para la ejecución de operativos de financiamiento económico. Para 1982, cuando contaban con niveles organizativos relativamente consolidados, la fracción MIR-E realizó una escuela militar bajo la dirección de un revolucionario colombiano en la provincia de Esmeraldas, así como, la sustracción de un mimeógrafo de la PUCE que motivó la persecución policial de Fausto Basantes y Lourdes Rodríguez. Durante la Huelga Nacional de octubre de aquel año, además de repartir hojas volantes donde se reivindicaba la figura rebelde de Eloy Alfaro, 1a fracción MIR-E efectuó un atentado contra el Banco Central del Ecuador: Fausto Basantes rafagueó con fusil las ventanas del edificio principal.

En segundo término, a la conformación del Frente, concurrió un grupo cuyos orígenes se remontan a 1980 cuando estudiantes de la UCE constituyeron un núcleo para analizar la realidad nacional y, sobre esas bases, planificar un proyecto revolucionario. El grupo de “afinidad ideológica” (GAI), -denominación asignada por nosotros al susodicho núcleo en razón de que carecían de un nombre-,³ estuvo compuesto por Alejandro Andino, Miriam Loaiza, Ketty Erazo, Arturo Jarrín y Hammet Vásconez quienes, a excepción del último, habían sido militantes del Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana (MRIC). A finales de 1980, el GAI elaboró un documento intitulado “Mientras haya que hacer nada hemos hecho”, -nombre que se retomó para designar a un texto alfarista fechado a 1985-, en el cual “se rescataba la lucha de Eloy Alfaro como la máxima expresión y conquista revolucionaria de nuestra historia, se proponía la necesidad de una revolución antioligárquica y anti-imperialista que origine una sociedad democrática y se proponía trabajar con todos los sectores populares”.⁴

Para dar marcha a su proyecto revolucionario, a inicios de 1981, los integrantes del GAI decidieron financiarse el trabajo político, vendiendo sus posesiones individuales, repartirse diversas tareas al mediano y largo plazo, enviar a Ketty y Hammet a capacitarse revolucionariamente en El Salvador y, adquirir una finca en Esmeraldas. En el cumplimiento de lo acordado, Miriam Loaiza y Alejandro Andino, -el líder e ideólogo inicial del grupo-, fueron asesinados por terratenientes esmeraldeños. Tras éste hecho, y dado que se efectivizó el viaje al exterior, Jarrín quedó como el único miembro activo del GAI presente en el país.

Con respecto a la trayectoria político-militar de Arturo Jarrín, futuro líder y Comandante General de AVC, puede señalarse que militó en la Democracia Cristiana (DC) desde octubre de 1975 hasta junio de 1976, aproximadamente. En ésta fecha, Jarrín de decidió

³ Datos obtenidos por nosotros, a principios de 1989, en una entrevista a Ketty Erazo.

⁴ Ibíd.

a separarse de aquel por “las inconsecuencias y la viabilidad de las veleidades de la Democracia Cristiana en el Ecuador. Que no hay terceras posiciones: o se está con el pueblo o se está con la oligarquía y que... consideraba que para la liberación de la patria y de su pueblo el marxismo-leninismo es una guía para la acción”.⁵ Antes de ingresar a la DC, cuando aún era estudiante secundario, Arturo Jarrín tuvo como profesor a un miembro de aquel partido que “hablaba de la necesidad de poner fin al poder de la oligarquía y de que nosotros debíamos jugar un papel en esa tarea histórica. Luego hablaba de la necesidad de realizar en el Ecuador la Revolución Personalista a fin de establecer el socialismo comunitario. Insistía en que a problemas ecuatorianos soluciones ecuatorianas...”⁶

Años después, tras haber sido presidente de la Escuela de Sociología de la UCE, Arturo Jarrín viajó a Nicaragua para apoyar a la entonces revolución triunfante. En uno de sus viajes como internacionalista latinoamericano, Jarrín estableció amistad con Jaime Batteman, -comandante histórico del M19, quien le confiaría a aquel los preparativos necesarios para la realización de una reunión del M19 en territorio ecuatoriano; compromiso éste que, dicho sea de paso, no significó militancia alguna de Arturo en la organización guerrillera colombiana. Para enero de 1983, conjuntamente con militantes del M19, Arturo Jarrín participó en una recuperación económica al Banco Nacional de Fomento.⁷ Participación que, -en un testimonio escrito en prisión cuando aún estaban siendo perseguidos algunos alfaristas sindicados por aquel asalto-, Jarrín no reconoció.⁸ No obstante lo anterior, anotamos éste hecho por considerarlo importante en dos sentidos. Por un lado, si se tiene presente que las armas y el dinero necesarios para la ejecución del operativo fueron proporcionados por el M19,⁹ indica que el GAL no poseía, por ese entonces, ni hombres ni estructuras con capacidad para realizar operativos militares de envergadura. Y, por otro, explica la capacidad que Arturo Jarrín tuvo en determinado momento para convocar a los distintos grupos revolucionarios.¹⁰

⁵ Jarrín, Arturo. El cementerio de los vivos. Ed. Patria Nueva, México, 1985pp.31.

⁶ *Ibíd.* p.29.

⁷ Datos proporcionados por un militante alfarista, a quien denominaremos Mario, en una entrevista realizada por nosotros a fines de 1987.

⁸ Jarrín. *Op. Cit.* pp.31 y 38.

⁹ Entrevista a Mario. Elaboración propia. 1987.

¹⁰ Quienes conocieron personalmente a Arturo Jarrín o fueron integrados por él al nuevo proyecto insurgente, cuando narran esta etapa de la historia de AVC, tienden a explicar el acercamiento de los grupos iniciales como resultado de la constancia en el trabajo, de la capacidad teórica, de la personalidad carismática, de la habilidad política, de la claridad de pensamiento, del espíritu unitario, de la fe en el pueblo y la revolución propios de un individuo.

En tercer término, a la conformación de la organización posteriormente conocida como AVC, concurren individuos con experiencia previa de lucha armada que, para principios de los ochenta, ya no mantenían vínculos orgánicos de funcionamiento.¹¹

Durante la década del setenta, aquellos pertenecieron a dos agrupaciones clandestinas circunscritas al litoral ecuatoriano.

La primera, conocida como “La O”,¹² se originó aproximadamente en 1973 aglutinando a ex-guerrilleros de los Comandos Obreros Revolucionarios (COR), organización circunscrita a la provincia del Guayas que llegó a establecer vínculos con los tupamaros uruguayos; a individuos que participaron en las experiencias subversivas de los sesenta y a ex-combatientes del intento insurgente apoyado por el Sr. Jorge Chiriboga. Por aquel entonces, “La O” se caracterizó por la realización de operativos militares urbanos relativamente más complicados que otros similares efectuados por agrupaciones análogas de la época. En uno de éstos, acaecido en 1976, Edgar Frías fue detenido por asalto al Consejo Provincial del Guayas. Tras este hecho, “La O” se desarticuló como agrupación armada. Parte de sus integrantes se inscribieron al Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT), organización de izquierda de corte trotskista. La segunda, conocida como “los Chiribogas”, comprendía a veteranos de un intento guerrillero de principios de los 70 que, para los ochenta, compartían entre sí únicamente relaciones de amistad y un trabajo político rural realizado sin coordinación orgánica alguna en Esmeraldas.

Por último, a la conformación de AVC, confluyeron también algunos dirigentes de organizaciones de masas no estudiantiles. De éstos, cuyo pasado político individual no podemos reconstruir, basta con manifestar que presentaban un rasgo común: eran “caudillos” en sus respectivos sectores de trabajo. Su adscripción, al entonces nuevo proyecto insurgente, fue resultado de una decisión individual.¹³

Ahora bien, existen indicios de que, en el lapso comprendido entre principios de 1980 y fines de 1981, los mentados grupos tuvieron conocimiento de sus respectivas intenciones revolucionarias pues hubieron quienes se encontraron y se conocieron en la política estudiantil, en la solidaridad con Nicaragua, en hechos vinculados al M19, etc. Sin embargo, este conocimiento apenas motivó efímeros contactos restringidos al intercambio de apreciaciones y a la proposición bilateral de trabajo o de constitución de un eventual proyecto nacional.

Sin intentar poner tales virtudes a discusión, consideramos que la capacidad de convocatoria que tuvo Jarrín guardó relación con su participación en acciones subversivas que, en tanto evidenciaba que aquel “no solo hablaba sino que hacía”, le confirió veracidad y legitimidad a sus propuestas ante los ojos de una generación urgida por actuar inmediatamente y cansada de “demagogos que no pasaban del discurso radical”.

¹¹ Datos proporcionados por Pedro Moncada, ex militante de “La O” y miembro de AVC. La entrevista se realizó a principios de 1987.

¹² Abreviación de “La Organización”.

¹³ Entrevista a Pedro Moncada. Op. Cit.

A principios de 1982, tras haber establecido contactos de tipo personal e informal con buena parte de los grupos existentes, Arturo Jarrín propuso realizar una reunión para la constitución de una Organización Revolucionaria con carácter nacional. Efectivamente en agosto de 1982, con la participación de representantes de los grupos, ésta reunión dio lugar a una “coordinadora” cuyas tareas inmediatas fueron la planificación de una conferencia nacional plenaria y la ejecución de una campaña de pintas con la consigna “1983, Año del Pueblo. ¡Alfaro vive, carajo!”.

Como resultado de los esfuerzos realizados, el 14 de febrero de 1983, en Esmeraldas, aproximadamente 60 revolucionarios ecuatorianos se reunieron para fundar el “Frente Revolucionario del Pueblo Eloy Alfaro” (FRPEA). En dicho evento, conocido posteriormente como la 1ra. Conferencia Nacional de AVC (I-CN), el FRPEA adoptó una estructura organizativa basada en comandos político-militares regidos por los principios de “unidad de mando” y “mando único”.¹⁴ Se estableció como estructura máxima de decisión, -revocable únicamente en las conferencias plenarias a realizarse cada dos años-, a la Dirección Nacional (DN), la misma que estuvo compuesta entonces por representantes de los grupos convocados. Cada miembro de la DN asumió la responsabilidad de una de las siguientes estructuras: prensa-propaganda, trabajo indígena, frente de masas, comandos político-militares y trabajo internacional. Dentro de la DN, con el propósito de ser una instancia ejecutiva y directiva de carácter permanente, se designó un Comando Central (CC) integrado por un miembro de “los Chiribogas”, un miembro de la fracción MIR-E y Arturo Jarrín quien, al ser responsabilizado de la obtención de recursos económicos, estableció relación de mando inmediata y directa con los comandos operativos.

A su vez, en la conferencia constituyente del FRPEA se decidió, en primer término, mantener en secreto ante el país el nombre y el carácter insurgente de la naciente organización mientras ésta lograra crear y consolidar comandos político-militares (cpm) a nivel nacional; los mismos que, por principio, habrían de estar compuestos por individuos capaces de ser, además de combatientes guerrilleros, dirigentes y organizadores políticos. En segundo término, se decidió luchar por una revolución popular, Democrática, antioligárquica y antiimperialista. A tal efecto, asumiendo una estrategia de Guerra Popular Prolongada (GPP) se acumularía fuerza “en caliente” esto es, “actuando político-militarmente en cada coyuntura del país, haciendo política con el respaldo de la fuerza de las armas, sin ocultarse del pueblo, dándole a conocer nuestro proyecto político”.¹⁵

En la susodicha conferencia, dicho proyecto político se esbozó mediante el señalamiento de los objetivos a alcanzarse, entre los cuales se encontraban la democracia, la justicia social y la soberanía nacional. Definiciones estas últimas, adoptadas sin mayor discusión con respecto a sus contenidos:

¹⁴ Para una explicación de tales principios, v.supra.capítulo 3.

¹⁵ Entrevista a Pedro Moncada. Op. Cit.

“Ciertamente, en la primera conferencia llegamos a acuerdos y definiciones político-militares sin preocuparnos mucho sobre cuestiones de perfeccionamiento teórico. Lo de la GPP, por ejemplo, casi ni se discutió... me refiero a que no se discutió si las tres etapas se cumplirían al pie de la letra, al tipo de ejército, etc. Asumimos esa estrategia porque nos pareció la más adecuada para un proyecto integral como el que nos proponíamos.

Tú preguntas si precisamos lo que entendíamos por democracia y por oligarquía. Te digo que si nos poníamos a definir teóricamente esos asuntos, no hubiéramos hecho nada... la oligarquía está ahí.”¹⁶

De la Conferencia Constituyente del FRPEA a septiembre de 1983

Ulteriores evaluaciones orgánicas de AVC, así como opiniones vertidas por quienes entrevistamos, coinciden en afirmar que en la conferencia del FRPEA no se logró constituir una agrupación revolucionaria capaz de integrar a los grupos e individuos convocados en una única estructura organizativa y bajo un mismo proyecto político. En los hechos, durante los meses subsiguientes al evento, los grupos preservaron bastante autonomía entre sí ya que ubicados en zonas geográficas distintas, virtualmente sin coordinación mutua y aún recelando unos de otros, desarrollaban los trabajos requeridos por sus necesidades particulares de crecimiento. Por ello, el irrespeto a los precarios lineamientos político-militares definidos colectivamente devino en la norma de comportamiento de todos y cada uno de los componentes iniciales del FRPEA.

Dado que por ese entonces ningún grupo podía saber qué estaban haciendo concretamente los otros, -en razón de las deficiencias en la coordinación, las informaciones retenidas a propósito y el carácter secreto del accionar-, sobre los primeros operativos militares efectuados nos limitamos a señalar, por un lado, que en su mayoría encaminados a la consecución de recursos económicos, no requirieron ni de una infraestructura logística extensa ni de una capacitación sofisticada de la militancia; y, por otro, que muchos de los operativos tempranos no fueron reivindicados, ni en su momento ni posteriormente, como propios de AVC. En uno de tales operativos, Ricardo Merino fue capturado por la policía y conducido a prisión.

Para mayo de 1983, según versa en el texto MHQH, se realizó un “llamado de atención” al Ministerio de Trabajo por sus “actitudes antilaborales” consistente en la colocación de un taco de dinamita. En éste mismo mes, por gestiones de Jarrín, ingresan nuevos miembros al FRPEA entre los cuales se encuentran Patricio Baquerizo, Jorge Lima, William Avila y Kleber Espinoza quienes habían militado en el Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE) durante la década del setenta. De aquellos,

¹⁶ *Ibíd.*

únicamente Lima tenía experiencia de lucha armada en tanto participe en el intento guerrillero de Chiriboga y en un asalto al Banco Nacional de Fomento en 1972.¹⁷

A principios de junio de 1983, y ésta vez como respuesta al desalojo y asesinato de trabajadores de la fábrica Vicuña, se realizó un nuevo llamado de atención. En las paredes externas y alledañas a la fábrica, ubicada en Quito, se escribió la frase “¡Quien a hierro mata, a hierro muere, AVC!”. Por aquellos mismos días, cuando asistía al entierro de su padre con autorización y custodia de autoridades carcelarias, Ricardo Merino fue liberado mediante un operativo militar que evidenció, ante los organismos de seguridad estatales, el carácter subversivo de quien hasta entonces había pasado como “delincuente común”. Tras haber sido rescatado, sin habersele consultado al respecto con anterioridad, Ricardo Merino manifestó que su liberación representaba un acto apresurado y desproporcionado frente al desarrollo de la Organización. Clandestino desde entonces, aquel se trasladó a la ciudad de Cuenca distanciándose así tanto de la fracción MIR-E cuanto del resto de grupos integrantes del FRPEA.¹⁸

Para julio del 83, Fausto Basantes optó por vincularse más directamente con la fracción liderada por Arturo Jarrín pues “pensaba que no debían existir grupos, que debía marcharse conjuntamente, unitariamente”.¹⁹ De ésta manera, en lo sucesivo, la fracción MIR-E quedó reducida a los individuos que posteriormente conformarían “Montoneras Patria Libre” (MPL), una organización político-militar distinta a AVC.

Manifestación de los lazos establecidos por Jarrín y Basantes fue la recuperación de un busto de Eloy Alfaro del local del Partido Liberal. Suceso éste que motivó problemas al interior del FRPEA. En una reunión informal, miembros del MIR-M plantearon la necesidad de una definición de la línea de trabajo, así como, su desaprobación a hechos que denotaban un apareamiento público. Tras criticar la ingerencia de Arturo Jarrín en la realización de los recientes operativos, el MIR-M abandonó el FRPEA.

En agosto de 1983, comandos armados recuperaron las espadas de Alfaro del Museo Municipal de Guayaquil. A raíz de este hecho, los medios de comunicación ecuatorianos hablan de la existencia de un grupo subversivo al que denominaron “¡Alfaro Vive, Carajo!”. A mediados del mismo mes, “los chiribogas” se retiraron del FRPEA aduciendo la intromisión de Arturo Jarrín en el trabajo de la regional de Esmeraldas, así como, el ocultamiento de información referente a un viaje de entrenamiento en Libia que venía preparándose.

El 23 de septiembre, Arturo Jarrín, Mireya Cárdenas, un miembro del MIR-E y Edgar Frías, ofrecieron una rueda de prensa en la cual se confirmó la existencia de una organización político-militar a la que presentaron con el nombre de ¡Alfaro Vive, Carajo! Este hecho, diríase, marcó el inicio verdadero de lo que fue AVC como organización político-militar.

¹⁷ Ibíd.

¹⁸ Entrevista a Orlando Pérez. Op. Cit.

¹⁹ Entrevista a Pedro Moncada. Op. Cit

De septiembre de 1983 a enero de 1985

Días después de la 1er rueda de prensa de AVC, Jarrín y casi una veintena de alfaristas abandonaron el país para recibir entrenamiento militar en Libia.²⁰ Dicho viaje había sido conseguido mediante gestiones que aquel realizara, conjuntamente con el M19, desde principios del 83. Puesto que para esos momentos el Comando Central designado en febrero del 83 se redujo virtualmente a la persona de Arturo Jarrín, -a causa de la salida de grupos y de la inactividad de los delegados del MIR-E y del Guayas-,²¹ en ausencia de aquel, Fausto Basantes asumió la responsabilidad en la dirección de AVC conjuntamente con Edgar Frías.

En octubre de 1983, en Esmeraldas, se realizó una escuela de formación militar que, al ser denunciada por un morador del lugar, ocasionó la detención de 23 alfaristas entre los cuales se encontraban Fausto Basantes y Rosa Mireya Cárdenas. Estos, acusados de tenencia ilegal de armas y asociación ilícita, fueron conducidos a prisión donde permanecerían por algunos meses.

En diciembre de 1983, miembros de la fracción MIR-E, ingresaron a un local del Kentucky Fried Chicken para recuperar alimentos que serían, posteriormente, distribuidos entre trabajadores fabriles en huelga. La acción no aparece en el MHQH como propia de AVC.

En enero de 1984, cuando el Comando Central efectivamente actuante estaba compuesto apenas por Edgar Frías, éste convocó a una reunión de la "zona-Quito" en la cual se decidió incidir al interior de los comités antioligárquicos que estaban formándose en el país para enfrentar la candidatura presidencial de León Febres Cordero; impulsar a todo nivel la conformación del Frente Antioligárquico que AVC venía proponiendo desde septiembre del 83; continuar con la línea de propaganda armada y cooptar a Fabián Ramírez, miembro de la fracción MIR-E, al Comando Central de AVC.

En febrero de 1984, cuando Fausto Basantes salió de prisión y Arturo Jarrín retornó al país, AVC se encontraba en un mal momento pues, además de la precaria infraestructura disponible para la operatividad militar, los militantes partícipes en la escuela militar de Esmeraldas estaban siendo vigilados y hostigados por los organismos de seguridad estatales.

Para marzo de 1984, Ricardo Merino respondió por escrito a los planteamientos formulados en la reunión de enero. Según Orlando Pérez, quien tuvo acceso al documento en mención, Merino, criticaba la línea de propaganda armada que venía siendo implementada, exigía mantener una operatividad en "silencio" que permitiese un crecimiento a largo plazo de AVC y apelaba por el desarrollo de un trabajo de masas que permitiese un cambio paulatino en la correlación de fuerzas sociales.

En abril de 1984, miembros de la Dirección Nacional de AVC se reunieron, entre otras cosas, para comentar el documento de Merino y para establecer un nuevo comando central compuesto por Jarrín, Basantes y Frías. No obstante haber sido excluido Fabián

²⁰ Al respecto, los entrevistados coinciden en afirmar que fueron Arturo Jarrín y Fausto Basantes quienes escogieron a los militantes a entrenarse. Dato éste que anotamos por su relación con la salida de "los Chiribogas".

²¹ Entrevista a Pedro Moncada. Op. Cit.

Ramírez del nuevo Comando Central, en primera instancia, la fracción MIR-E aceptó esta nueva disposición de mando pues “se suponía que con Fausto y con Frías se mantenía buenas relaciones”.²² En aquella reunión, Arturo Jarrín propuso retomar el trabajo en zonas rurales con miras al establecimiento de los gérmenes organizativos necesarios para el futuro desempeño de un frente guerrillero, mantener relaciones “formales” de coordinación con Ricardo Merino y encargar a Fausto Basantes el trato con la fracción MIR-E.²³ Dado que entonces no se efectuaron cuestionamientos y/o rectificaciones a la línea de propaganda armada, ésta continuó implementándose.

En tal tenor, el 1 de mayo de 1984, en una concentración de trabajadores en la plaza de San Francisco de Quito, se colocó un telón gigantesco, con la imagen de Eloy Alfaro y la consigna “¡A derrotar a la Oligarquía!”; el 4 de mayo de 1984, comandos alfaristas ocuparon el local de “Agencias de Noticias del Ecuador” para expresar su apoyo a la candidatura presidencial del socialdemócrata Dr. Rodrigo Borja; y, el 24 de mayo de 1984, se hizo un “llamado de atención a la política terrorista del gobierno de USA”, mediante tacos de dinamita que fueron arrojados hacia el interior de la embajada norteamericana en Quito.²⁴

A mediados de junio de 1984, como consecuencia de indagaciones policiales posteriores a un asalto al Banco del Pacífico, fueron detenidos Arturo Jarrín, Rubén Ramírez, Jimmy Solórzano, Manuel Cerón, Santiago Rivera y Guido Llamuca quienes se declararon públicamente como alfaristas; siendo ésta la primera vez que un operativo de recuperación económica era reivindicado como propio de AVC. En aquellos días Juan Carlos Acosta y Juan Cuvi, ecuatorianos que habían desarrollado trabajos en coordinación con el M19 y mantenido contactos previos con Jarrín, ingresaron a AVC.

El 10 de agosto de 1984, día de la posesión del Presidente electo León Febres Cordero, AVC realizó la toma simultánea de varias radiodifusoras a nivel nacional con el propósito de rechazar al nuevo régimen y advertirle sobre su decisión de enfrentar militarmente a la oligarquía.

El 2 de noviembre de 1984, comandos alfaristas tomaron el diario HOY para imprimir, en los periódicos a distribuirse en la mañana siguiente, una proclama en la cual se convocaba a la conformación del Frente Antioligárquico y se presentaba el programa de gobierno de AVC.

En diciembre de 1984, miembros de la fracción MIR-E asaltaron una fábrica de juguetes en Quito. En días posteriores se entregaron éstos en barrios populares y periféricos de la capital. La acción no fue reivindicada como propia de AVC. A fines de ese mes, por petición expresa de Arturo Jarrín, Hammet Vásquez retornó al país desde el Salvador para integrar, conjuntamente con Basantes y Frías, el Comando Central de AVC.²⁵

²² Entrevista a Orlando Pérez. Op. Cit.

²³ Entrevista a Pedro Moncada. Op. Cit.

²⁴ El objetivo de esta acción era servir de sustento publicitario para la repartición en todo el país, de un documento en el cual AVC enjuiciaba a los asesinos del Presidente Roldós.

En enero de 1985, en una casa de seguridad a cargo de la fracción MIR-E, murieron dos combatientes al producirse accidentalmente una explosión. AVC negó estar involucrado en el asunto.²⁶ En ese mismo mes, sin la asistencia de la fracción MIR-E, se realizó la “1ra. reunión de mandos de AVC” en la que se decidió impulsar” el desarrollo de comandos político-militares urbanos y de la fuerza militar rural, propender a la autosuficiencia logística de cada una de las estructuras alfaristas, efectuar en lo sucesivo operativos militares de envergadura, recuperar armas en grandes cantidades, proseguir con los trabajos tendientes a la liberación de los presos alfaristas y secuestrar a Nahim Isaías con miras a obtener recursos económicos. Se decidió, a su vez, continuar con la línea de propaganda armada con los objetivos de desenmascarar al gobierno de la oligarquía y levantar la rebeldía popular “demostrando la necesidad de la fuerza para que el gobierno responda a... reivindicaciones” (MAN-II 1987: 11).

De febrero a diciembre de 1985

Durante 1985, año que registra los operativos quizás más completos y audaces de la trayectoria político-militar alfarista, los esfuerzos organizativos de AVC se encaminaron, por un lado, a responder al gobierno febreescorderista “en momentos en que la oposición legal se encontraba replegada, limitada a hacer opinión pública y a la acción parlamentaria” (III-CON 1988: E1); y, por otro, hacia la construcción “con tiempo suficiente (de) los elementos para una guerra”, esto es, de un Frente Militar Rural (FMR). A efectos de lo último, se procedió a ejecutar la primera de las grandes acciones planificadas en la reunión de mandos de enero: el 11 de marzo de 1985, en un operativo realizado conjuntamente con el M19, AVC recuperó armas del rastrillo de la Policía Nacional. Días después, una porción del armamento destinado a AVC, almacenada en un lote baldío, retornó a manos de la Policía como consecuencia de un singular accidente: una vaca cayó en el hoyo que contenía el parque.

A principios de abril de 1985, Hammet Vásquez fue capturado por la Policía, y conducido a prisión, como efecto de las indagaciones por el asalto al rastrillo. En ese mismo mes, cuando Fausto Basantes dirigía a AVC, fueron liberados de prisión Arturo Jarrín, Hammet Vásquez y otros mediante un túnel construido con tal propósito. En julio de 1985 fue descubierta una casa de seguridad en la cual se encontraban, entre otros, José Luis Flores y María Rosa Cajas quienes lograron escapar del lugar. Esta última formaba parte

²⁵ El programa de gobierno propuesto en la toma del periódico Hoy, salvo su mayor extensión, coincide con aquel del MHQH (1985).

²⁶ En junio de 1985, quienes murieron fueron reivindicados como miembros de AVC, mediante la toma de una radiodifusora efectuada por miembros de la fracción MIR-E. Sin embargo, posteriormente, aquellos militantes no fueron reconocidos como alfaristas por el CC dirigido por Arturo Jarrín quien mantuvo que en ese suceso no estuvo involucrado AVC. La exposición y la toma de la radiodifusora no se registran en el MHQH.

de un grupo de estudiantes secundarios y universitarios vinculados al Partido para la Liberación del Pueblo (PLP): organización legal de izquierda que, en su corta existencia, propuso una lucha antioligárquica con la participación de los más amplios sectores populares y un accionar político diferente al tradicionalmente efectuado por la izquierda ecuatoriana. Como grupo, los ex-PLP se adscribieron a AVC entre 1985 y 1986.

El 2 de agosto se realizó la “Segunda reunión de mandos” de AVC. En ésta se evaluó la línea política, la situación de la estructura orgánica y el accionar político-militar desplegado. En ese mismo mes, AVC emitió un manifiesto dirigido a los miembros de la Policía Nacional y de las Fuerzas Armadas en el cual se los convoca a que no permitan ser instrumentalizados por la oligarquía y el imperialismo. Se afirmaba, a su vez, que AVC no consideraba como sus enemigos a los miembros de dichas instituciones.²⁷ El 7 de agosto comandos alfaristas, en conjunción con militantes del M19, secuestraron exitosamente a Nahim Isaías Barquet. Sin embargo minutos después de efectuada la acción, mientras se procedía a la retirada, fueron detenidos Juan Cuvi y los colombianos Fernando Carmona y José Guevara.

Con posterioridad a éste hecho, y prosiguiendo con la línea de propaganda armada, se realizaron acciones tales como la colocación de bombas panfletarias en diferentes barrios de Quito “llamando a la población a hacer de PAN, TECHO Y EMPLEO consigna que convoca la lucha popular, toda vez que como promesa electoral ha sido totalmente incumplida”²⁸ (Montonera N° 17. Agosto /85); la toma de una radiodifusora en Guayaquil con los propósitos de ratificar la voluntad de luchar contra la oligarquía y desmentir las acusaciones gubernamentales de vínculos entre AVC y el narcotráfico internacional; y una expropiación de un camión de pollos, destinados a ser repartidos en un barrio popular de Quito, que ocasionó la detención de militantes alfaristas.

El 23 de agosto miembros de AVC incursionaron en la radio Cristal de Quito para denunciar la tortura a la que estaba siendo sometido Juan Cuvi. El 29 de agosto falleció por tortura Juan Carlos Acosta, quien había sido detenido días antes al igual que Patricio Baquerizo. El 31 de agosto fue detectada y cercada, por los organismos de seguridad estatales, la casa en la cual se encontraba retenido el industrial Isaías. Dos días después, bajo órdenes directas del Presidente Febres Cordero, comandos especiales de las Fuerzas Armadas Ecuatorianas asaltaron aquella casa.²⁹ En la acción fueron aniquilados todos los ocupantes, incluido Isaías.

El 5 de septiembre AVC retuvo a dos periodistas para clarificar los sucesos relacionados con el secuestro de Isaías, para exigir la salida del secretario de administración pública, del Gobernador del Guayas y del jefe del SIC-Guayas. (Montonera, s/n. Sep/85).

²⁷ Afirmación ésta entendible si se tiene presente que, en julio del año en mención, murieron policías al enfrentarse con alfaristas.

²⁸ El texto alfarista alude a uno de los eslóganes publicitarios de la campaña presidencial de León Febres Cordero: “Pan, techo y empleo”.

²⁹ Al respecto v. Semanario Punto de vista N°406. 19 de febrero de 1990.

Para octubre de 1985, en zonas rurales de la provincia de Esmeraldas, se implantó la unidad militar “Alejandro Andino” como parte de un intento por crear “en caliente una pequeña unidad guerrillera móvil sobre cuya finalidad no existe claridad” (III-CON 1988: E3). El 3 de octubre un comando operativo de AVC incursionó en la casa de la Sociedad Artística Industrial de Pichincha con los objetivos de hacerse presentes en la asamblea de delegados de la federación, distribuir el libro MHQH, invitar a los trabajadores a impulsar la lucha contra Febres Cordero e ir cristalizando a través de estos un gran frente antioligárquico. El 16 de octubre, AVC ocupó por breves momentos la Embajada Mexicana en Quito. En la acción se le entregó al embajador una carta dirigida a los países miembros del Grupo de Contadora con el propósito de señalar que la ruptura de relaciones diplomáticas con Nicaragua, efectuada por Febres Cordero, no respondía al sentimiento de la mayoría de ecuatorianos. Ese mismo día, AVC tomó las radios Sideral, Pichincha, Cordillera, Centro y Bolívar de Quito para convocar a la lucha popular contra Febres Cordero.

En noviembre de 1983, a más de dos años de la constitución del FRPEA, AVC se propuso efectuar una “Segunda Conferencia Nacional” con la intención de “fortalecer la unidad de criterio y de mando así como evaluar la operatividad”. (MAN-II 1987: 14).

Instalada sin la presencia de todos los convocados, -pues al haber detectado la zona de reunión las Fuerzas Armadas Ecuatorianas lograron capturar a unos e impedir el ingreso de otros-, la Segunda Conferencia se desarrolló en un “clima de tensiones y disputas internas muy fuertes”.³⁰

La fracción MIR-E, cuyas discrepancias con Arturo Jarrín habían llegado a puntos extremos, tras señalar la inexistencia de condiciones adecuadas para evaluar colectivamente el accionar político-militar efectuado, manifestó su divergencia con respecto a los planteamientos estratégicos e ideológicos defendidos por el Comando Central.³¹ En una actitud inesperada, sin abandonar la zona de reunión, Arturo Jarrín “molesto por tanta palabrería de izquierdistas se salió de las reuniones y les dejó ahí discutiendo lo que quiera entre ellos”.³² Días después, al concluir la conferencia, la fracción MIR-F, se escindió de AVC. Dado que no se efectuó con regularidad la II Conferencia Nacional de AVC, en diciembre de 1985, se convocó a una reunión de mandos en la cual, tras designarse una nueva Dirección Nacional y ratificarse al Comando Central, se decidió poner en funcionamiento una Fuerza Militar Rural en el año venidero y retener al empresario Eduardo Granda Garcés con miras a obtener los recursos monetarios necesarios para la logística. Inmediatamente después del evento, por decisión del Comando Central de AVC, se dismanteló la unidad rural militar “Alejandro Andino”. Sus integrantes fueron transferidos a territorio colombiano con la pretensión inicial de que adquiriesen preparación militar “en caliente” dentro de las filas del M19.

³⁰ Entrevista a Orlando Pérez. Op. cit.

³¹ *Ibíd.*

³² Entrevista a Pedro Moncada. Op. Cit.

El 19 de diciembre, en concordancia con los planes definidos, comandos alfaristas intentaron infructuosamente secuestrar a Granda Garcés. Herido durante el operativo y sin posibilidades de ser atendido adecuadamente, Leonardo Vera fue internado en un hospital al día siguiente y, así, apresado por la policía. Al margen de las detenciones posteriores, el frustrado secuestro motivó un distanciamiento de Edgar Frías de AVC por razones que, según Pedro Moncada, tenían que ver con “la pérdida de fe en el proyecto o el susto por la cadena de fracasos”.

Ahora bien, antes de proseguir con la exposición de los sucesos acaecidos en el año 1986, cabe un recuento de la disposición orgánica de AVC. A fines de 1985, AVC estaba compuesto por los ex-miembros de la fracción MIR-E liderados por Fausto Basantes, por los miembros de “la O”, por individuos otrora vinculados al PLP y al PSRE, por ecuatorianos ex-militantes del M19, así como, por aquellos reclutados hasta ese momento mediante las estructuras de AVC. Todos ellos reconociendo e identificándose con el liderazgo de Arturo Jarrín. Ricardo Merino y su gente, circunscritas a la zona centro-sur del Ecuador, aun cuando no estaban excluidos formalmente de AVC, guardaban distancia con respecto al AVC “visible”. Su situación podría describirse en los siguientes términos:

*“lo que pasaba es que Ricardo Merino se distanció de AVC, porque no llegó a comprender el proyecto de la Democracia en Armas. Sin embargo, Arturo siempre buscó acercarse a él, porque de cualquier forma era un tipo con el que había la posibilidad de coordinar algún trabajo. Claro que él mantenía sus propias estructuras y sus propias líneas de trabajo y también tenía rezagos de mentalidad marxista. Lo importante para nosotros es que si quería actuar a nombre de AVC debía hacerlo considerando los lineamientos dados por el Comando Central. Cualquiera que siga los lineamientos que AVC da para una coyuntura específica puede decirse que es un alfarista. El resto son cuestiones formales”.*³³

Para esos momentos, el Comando Central estaba integrado por Arturo Jarrín, Fausto Basantes y Hammet Vásconez. La DN efectivamente actuante, como resultado de los encarcelamientos, se recompuso con “suplentes” y con quien tenía aptitudes de mando y disposiciones de lucha. Ciertamente no había una jerarquía de mando el ara, bien establecida...³⁴. Muchos de los integrantes de aquella DN fueron cooptados por Arturo Jarrín.

¡1986. Derrotaremos a la oligarquía o moriremos!

³³ Entrevista a Pedro Moncada. Op. Cit.

³⁴ Ibíd.

A principios de 1986, al interior de AVC, se pensaba que el año en ciernes no sería como cualquier otro... sería el año en el cual se destruiría el “mito sobre la imposibilidad de implantar una fuerza rebelde en el país” y, así, se infligiría una derrota histórica a la oligarquía ecuatoriana. Tal fue, según posteriores interpretaciones alfaristas, el auténtico sentido de una consigna grandilocuente que, como propuesta de acción, efectivamente se cumplió... pero a favor de la ratificación del famoso mito.

A la implantación del frente rural se le presentó un primer obstáculo cuando el 4 de enero de 1986 Fausto Basantes murió en una emboscada planificada por los organismos de seguridad estatales con el concurso de un militante apresado, días antes, por sus implicaciones en el intento de secuestro a Granda Garcés. El sujeto en mención, Fernando Flores, mientras estaba siendo torturado, accedió a establecer una cita con Fausto Basantes a cambio de su libertad y de una visa para los Estados Unidos. El Comandante N° 2, responsable máximo de las estructuras político-militares urbanas de Quito, fue eliminado como consecuencia, por tanto, de una delación y no de un trabajo de infiltración.³⁵

En los tres meses subsiguientes a éste hecho, al margen de operativos de propaganda armada, el accionar de AVC se orientó a la consecución de los recursos necesarios para la manutención y desarrollo de una fuerza militar rural que, combatiendo por ese entonces en el valle del Cauca en Colombia, formaba parte del “Batallón América” (BA): un embrión de ejército latinoamericano integrado por colombianos, peruanos y ecuatorianos, cuya existencia fue dada a conocer públicamente el 19 de febrero de 1986 mediante la toma de una radiodifusora en Quito.

Cual consecuencia posterior a una de aquellas acciones, acaecida el 7 de marzo, fueron detenidos miembros del “Comando Operativo” de AVC entre los cuales se encontraban Pedro Moncada, Fabricio Cajas Lara, Xavier Calderón, César Almeida Montaluisa, Jimmy Herrera, Rommel Jumbo, Edwin Miño, Julia López y quien escribe. Coincidiendo en fecha y hora con el levantamiento en armas del Gral. Frank Vargas Pazzos, éste suceso, además de acarrear una desarticulación virtual de redes urbanas apenas configuradas y de significar el desmantelamiento de una estructura considerada como estratégica, trajo como secuela directa el descubrimiento de planes de AVC cuando, el 23 de marzo, fue cercada una casa de seguridad en la que se apresó a Marco Troya.

A partir del segundo trimestre de 1986, y de manera cada vez más pronunciada, el grueso de la militancia se concentró en acciones de propaganda armada, así como, en tarcas directas o indirectamente relacionadas con la implantación del Frente Rural.³⁶ Dentro de éstas últimas, los operativos de recuperación bancaria favorecieron la consolidación de una actitud colectiva que, en su afán por solventar los requerimientos logísticos de las estructuras alfaristas urbanas y rurales, era afecta a descuidar el desarrollo de tareas de carácter no militar. De ahí que el precario trabajo de masas, -para entonces limitado cada vez más al reclutamiento de individuos y al establecimiento de redes de

³⁵ Esta interpretación se encuentra en los documentos correspondientes a la III-CN.

³⁶ A continuación se describe la situación orgánica de AVC utilizando datos provenientes de las evaluaciones efectuadas en la III-CN.

colaboración-, imposibilitó la constitución de una base social de apoyo organizada y movilizable directamente por ÁVC. Carencia ésta última que se intentó subsanar mediante conversaciones con dirigentes de organizaciones políticas y gremiales, en espera de que de las pláticas surgiera la coordinación necesaria para darle fuerza política y social al nacimiento del Frente Rural.

A su vez, la dinámica de guerra a la que se había avocado ÁVC, ocasionó un alejamiento en la observancia del criterio de “selectividad” para la incorporación de nuevos miembros;³⁷ tendencias a postergar y descuidar la especialización por funciones de las estructuras de ÁVC, así como, la autosuficiencia logística de las mismas. Esta circunstancia configuró paulatinamente estructuras caracterizadas por una mayor inobservancia de las normas de seguridad, por el incremento de su dependencia logística con respecto a aquellas encargadas de la obtención de recursos mediante la recuperación bancaria y, por el cumplimiento de sus tareas específicas. Simultáneamente, se produjo un progresivo y creciente recargo de tareas y responsabilidades en quienes eran mandos superiores y miembros del C.C. generándose, así, verdaderos “hombres orquesta” que hacían de todo aún a riesgo de su seguridad personal.

El 19 de agosto, comandos alfaristas bajo órdenes directas de José Luís Flores, incursionaron en el Hospital Eugenio Espejo para liberar a Leonardo Vera quien, desde marzo, se encontraba recuperándose de una puñalada recibida en el Penal García Moreno. En el transcurso de la acción murieron miembros de la Policía Nacional que custodiaban a Vera. Circunstancia ésta que, hábilmente utilizada por el gobierno febreorderista, socavó la imagen política de ÁVC a favor de otra relacionada con el terrorismo.

El 11 de septiembre de 1986, minutos después de haberse efectuado un asalto bancario, militantes alfaristas fueron cercados en una casa de seguridad en Quito. Tras casi tres horas de combate con las fuerzas de seguridad estatales, -salvo Roberto Regalado que logró romper el cerco y refugiarse en una vivienda particular-, murieron todos los ocupantes de la casa entre los cuales estaba el máximo responsable de las estructuras alfaristas en el Batallón América y miembro del Comando Central: Hammet Vásconez. Su fallecimiento, al igual que en el caso de Basantes, no es atribuible a infiltración alguna: desde días atrás, por descuidos en las “cobertura” que despertaron sospechas en un morador del lugar, la casa de seguridad estaba siendo vigilada. Una vez producido el asalto, la policía no hizo más que dirigirse hacia el probable refugio alfarista. En ese mismo mes, mientras se encontraban de paso por Ipiales-Colombia, fueron capturados Leonardo Vera, Alberto Torres, Román Chávez y Fabián Moreno quien, por los decesos acaecidos, había llegado a ser la mano derecha de Arturo Jarrín. El 30 de septiembre, como consecuencia de delaciones efectuadas por uno de los apresados en Ipiales, José Luís Flores y Roberto Regalado fueron cercados y asesinados en una residencia particular en Quito.

Días después, el 24 de octubre, en la ciudad de Panamá, fue detenido Arturo Jarrín en posesión de un pasaporte cuya identidad, según Pedro Moncada, era conocida únicamente por uno de los detenidos en Ipiales. Trasladado posteriormente a la capital

³⁷ Con respecto al principio de selectividad, vid. supra capítulo 3.

ecuatoriana, y presentando evidentes huellas de tortura, Arturo Jarrín fue encontrado muerto como resultado de un enfrentamiento con la policía, según, versiones gubernamentales.

El fallecimiento del líder histórico de AVC, y último integrante del Comando Central, marcó un hito en el desarrollo de los acontecimientos. Frente al país, y en una suerte de inexistencia, se abrió un período de silencio político y militar de AVC que, casi exclusivamente, solo fue roto por continuas caídas de militantes, desmantelamiento de estructuras, descubrimiento de planes estratégicos y operativos militares sin ningún sentido político ni correspondencia con la coyuntura.³⁸

Internamente, y sin que sea objeto de conocimiento público, AVC entró en una etapa caracterizada por: la ausencia inmediata de instancias directivas superiores con posibilidades efectivas de actuar y de ser reconocidas como tales por parte de la militancia; la descoordinación y aislamiento entre las estructuras sobrevivientes; la configuración paulatina, en torno a diversos “caudillos”, de grupos con distintas apreciaciones ideológicas todos reclamándose para sí mismos la calidad de ser los “verdaderos alfaristas”, únicos portadores y entendedores del proyecto de la “Democracia en Armas”; y el inicio del progresivo desmantelamiento de la estructura militar ubicada en el B.A. sea por desconocimiento al mando vigente, sea por el retorno al país decidido de manera individual o grupal, sea por ausencia de disposiciones orgánicas previamente establecidas. Circunstancias todas éstas que, además de iniciar una crisis cuya máxima expresión se alcanzaría en 1987, lejos de contribuir a superar la debilidad organizativa heredada en 1985 no hicieron más que agrandarla.

Sin embargo, ésta debilidad era difícilmente percibida tanto por el país cuanto por la militancia alfarista. El continuo accionar efectuado hasta entonces y una presencia política mantenida merced a propuestas coyunturales, sumados a la voluntad combativa evidenciadas, magnificaban la situación real de AVC dejando siempre un margen para la duda. Internamente, aun cuando nadie cuestionaba la gravedad de la situación, pocos apreciaron que se estaban gastando los últimos cartuchos de un parque que no crecía con la facilidad y rapidez requeridas. Muchos creyeron que se trataba, como en anteriores ocasiones, de un estado superable a futuro que no implicaba para nada una derrota militar.³⁹

“1987, ¡A construir el Ejército Popular!”

El 16 de enero de 1987, acaeció un hecho sin parangón en la historia política ecuatoriana; en la base aérea de Taura, el Presidente León Febres Cordero fue secuestrado por miembros de las Fuerzas Armadas Ecuatorianas que exigían, a cambio de

³⁸ Como fue el caso del atentado dinamitero a automóviles de la Policía Nacional.

³⁹ Recordemos, por ejemplo, las apreciaciones vertidas por quienes fungirían como comandantes alfaristas durante las conversaciones encaminadas a la dejación de las armas.

su liberación, la firma de la amnistía para el General Frank Vargas Pazzos.⁴⁰ El “vacío de poder” y la agitación popular así producidos, para los alfaristas, representaron pequeños adelantos de una ingente crisis política aún por venir y nuevas confirmaciones de la imperiosa necesidad de un frente rural. Siendo así, quienes lograron sobrevivir a los sucesos del 86, y que previamente al mentado hecho ya se habían propuesto hacer realidad un Ejército Popular, dedicaron sus esfuerzos al cumplimiento inmediato del objetivo hasta entonces inconcluso.

Pretensión difícil de satisfacer pues “a principios del 87 la organización no tenía ni un solo centavo. El dinero ni siquiera llegó a manos de los dirigentes. No existía ni una sola arma, ni larga ni corta, las pocas que quedaron las fueron vendiendo. No quedó ni una sola casa de seguridad. Ni un carro. Ni un local de trabajo o reunión. Ni una zona para escuela. Ni un solo colaborador dispuesto a la organización”. (III-CON 1988: S7). No obstante, buena parte de los alfaristas consideraban que estas circunstancias a lo sumo prefiguraban una situación inicial desfavorable en términos militares susceptibles de ser modificada pues eran “secundarias ante la vigencia del proyecto de la Democracia en Armas y la vocación rebelde de nuestro pueblo”.⁴¹

A efectos de proseguir con la guerra antioligárquica, inmediatamente, se intentó reconstituir las estructuras organizativas de AVC mediante la reconexión de militantes dispersos y el desarrollo de una reunión de mandos con miras a la unificación de criterios y al establecimiento de instancias de dirección con posibilidades de ser aceptadas como legítimas por las facciones entonces en gestación.

Efectuada en marzo de 1987 en un sitio designado por AVC como “Campo Corazón”, aquella reunión no logró modificar sustancialmente la situación orgánica de AVC ya que “... allí no hicieron nada importante, sobre todo porque se tomaron decisiones en base a elucubraciones políticas y a informes inflados de los responsables. Informes que llenaron varias páginas y varios días de discusión pero no tenían ni el 50% de realidad... los que venían del país confirmaban lo que antes se afirmó, de que los mandos medios no tenían un manejo solvente ni de la situación política ni económica ni social del país..., en medio de esa confusión tomamos decisiones políticas, militares y orgánicas. Casi todas desenfocadas de la realidad... sin pisar sobre la tierra, especialmente porque el análisis político era totalmente irreal. Los planes se fundamentaron en la decisión de golpear a la oligarquía, liberar a los presos y levantar en 6 meses la Fuerza Militar Rural...” (III-CON 1988:S7) Sin la asistencia de todos aquellos susceptibles de ser convocados, cual “tabla de salvación a la ausencia total de mandos capaces de asumir la dirección” (III-CON 1988 P2).

En marzo de 1987, a su vez tras intentar infructuosamente realizar una rueda de prensa, fueron detenidos militantes alfaristas entre los cuales se encontraban algunos combatientes del Batallón América. Se detuvo, también, a Edgar Frías en el Perú. Sin

⁴⁰ Para mayores datos al respecto véase el texto del entonces Vicepresidente de la Nación: Peñaherrera, Blasco. El viernes negro, Antes y después de Taura. Ed. Grijalbo y El Conejo. Quito, 1988.

⁴¹ Entrevista a Pedro Moncada. Op. cit.

lograr superar sus problemas internos, por ese entonces, AVC fue incapaz para responder militarmente a coyunturas que podían haberse ajustado a su concepción de lucha. Se abrió, así una nueva etapa de virtual inexistencia y silencio político que, ocasionalmente, se rompía con acciones mínimas y pronunciamientos coyunturales.⁴² Al parecer, esta debilidad organizativa constituyó una de las razones que propiciaron, a pesar de las diferencias de concepción y de viejas rivalidades mutuas, cierto acercamiento entre AVC y MPL: para octubre de 1987, en una rueda de prensa clandestina, las dos organizaciones confirmaron su decisión de proseguir con la lucha armada insinuando, de alguna manera, cierta pretensión unitaria a futuro.⁴³ Sin más hechos dignos de ser revelados, resta señalar que 1987 concluyó dejando como legados:

"una profunda crisis de la cual era difícil salir airoso...

"Crisis política porque al ser una organización en armas las propuestas solo se pueden levantar con fuerza, al no tenerla esto nos lleva a un silencio condenatorio. Y en el silencio no se pudo contrarrestar la ofensiva política del régimen".

"Crisis militar porque murieron o desaparecieron los mejores cuadros militares. Las estructuras de Fuerza Militar Urbana quedaron desarticuladas, infiltradas, conocidas de pies a cabeza por el enemigo. La poca militancia quemada y clandestinizada, imposibilitada de actuar coherentemente, aislada de las masas, sin aparato."

"Crisis del proyecto Fuerza Militar Rural que quedó totalmente desarticulado porque las conexiones quedaron rotas. Porque el M19 también entró en estado de grave crisis... porque muy pocos mandos supieron comprender la importancia estratégica de la formación y el mantenimiento de esa fuerza que ya estaba consolidada y que pese a

⁴² Entre éstos. Se encuentra un llamamiento a votar contra la oligarquía en el cual no se expresaba a ningún candidato específico de la centro-izquierda. (v.Mononera N°28, nov./87).

Entendemos que esta circunstancia obedeció no tanto a una actitud política táctica, cuanto a la existencia de apreciaciones diferentes sobre la situación nacional que se tradujeron en una ausencia de unanimidad, al interior de AVC, con respecto al problema electoral: unos veían en el Dr. Rodrigo Borja una alternativa segura al autoritarismo febreoscorderista que podría desembocar en una posición antioligárquica, otros en Abdalá Bucaram una posibilidad de abrir caminos imprevisibles que contarían con el respaldo popular y, otros en el General Frank Vargas Pazzos un referente de unidad para la izquierda ecuatoriana que sentaría las bases de un proyecto rebelde a largo plazo.

Dado que esas posiciones no pudieron ser conciliadas, habiendo incluso quien se apresuró a exteriorizar su respaldo por tal o cual candidato, la propuesta de "votar contra la oligarquía" parece haberse establecido como una forma de evitar mayores fisuras al interior de AVC.

⁴³ Al respecto, cabe señalar que esta circunstancia fue apreciada inicialmente, por aquellos presos que se atribuían ser "dirigentes históricos", como una desviación del proyecto alfarista por parte del Comando Central entonces en funciones.

mis órdenes se quebró en la espera, se desesperó y los mandos dieron la orden de bajar. Sin ninguna condición real para recibir a nadie. Así fue como uno a uno fueron cayendo, desapareciendo o simplemente retirándose. De varias decenas no quedó sino una fracción.”

“Crisis orgánica porque al no existir, de manera general, una línea de sucesión real y formal de mandos claramente establecida, nadie sabía a quién le correspondía asumir el mando. Menos aun cuando las posiciones fueron intransigentes en no reconocer autoridad de los pocos que quedaron como mandos legalmente elegidos”.

“Porque ya no quedaron estructuras y las pocas estaban atravesadas por la lucha de pequeños poderes sobre pocos compañero... porque en medio del caos surgieron compañeros con hambre de poder que impostaron cargos de dirección y solo ahondaron la crisis y la desconfianza... porque en medio de esto era difícil recordar los principios orgánicos para ponerle fin a éste caos... porque mantuvo el desconocimiento al Comando Central provisional nombrado en Campo Corazón, que en esos casos provocó fraccionalismo y en otros, a pesar del reconocimiento formal se mantuvo la desconfianza y la cerrazón...”

“Crisis moral porque la derrota parcial, pero fuerte, genera solo desconfianza, tanto en el pueblo como entre los colaboradores y aún entre la militancia... porque se produjeron gran cantidad de deserciones o retiros... porque la gente entró en un grave círculo de corrupción.

Hubo robos de los dineros de la organización, gastados en borracheras y cabarets, hubo peleas y acusaciones mutuas de ser los protagonistas de estos despilfarros... Hubo robo de las pocas armas que quedaron. Se vendieron armas, vehículos, etc. Hubo asaltos a colaboradores en busca de dinero. Hubo acusaciones fuertes de infiltración y delación, hubo asesinato a nombre de la “justicia revolucionaria”. Hubo más hechos deleznales que no vale la pena citar...”

(III-CON 1988: Z5-6).

De enero a agosto de 1988

Exceptuando la toma simultánea de diez radiodifusoras efectuada conjuntamente con las MPL y el apresamiento de más militantes alfaristas, durante la primera mitad de 1988, la presencia pública nacional de AVC se mantuvo virtualmente a través de pronunciamientos coyunturales. Efectuados en tiempos de campaña electoral, éstos se dirigieron a proponer la necesidad de un candidato presidencial único por parte las fuerzas políticas progresistas y, con ocasión de la segunda vuelta electoral, a manifestar el apoyo a la candidatura del Dr. Rodrigo Borja.

Internamente, el proceso de crecimiento organizativo no estuvo acompañado, a la manera requerida, por una consolidación de la legitimidad del nuevo Comando Central.

Esta vez, sus problemas de legitimidad no tenían que ver con la cacería del poder característica del año anterior pues, de alguna manera, el Comando Central fue aceptado y obedecido. Tenían que ver, sostenemos, con la forma en que la militancia percibía al Comando Central; además de provisional por no cumplir con la formalidad de haber sido designado en una conferencia plenaria, éste era “sentido” como transitorio.⁴⁴ Y no podía ser de otra manera para una militancia que, afecta a recordar permanentemente gloriosos hitos de lucha que opacaban las parcas acciones del nuevo Comando Central y propensa a derivar la legitimidad de un mando de factores tales como una designación efectuada por los fallecidos constructores de AVC, ⁴⁵ consideraba que quienes debían dirigir eran “los mandos históricos” aún en prisión. Tampoco podía ser de otra manera para una militancia que, -aun cuando hubiese reconocido que los nuevos dirigentes habían asumido las tareas “en caliente”, como demandaba la mejor tradición alfarista-, no podía otorgar su entera confianza a un Comando Central cuyos miembros eran sospechosos de actitudes intelectuales, de mentalidades marxistas y de desconocimiento del proyecto de la Democracia en armas.⁴⁶ Sobre la base de estos sentimientos, y dado que correspondía realizar una en el 88, pocas fueron las posibilidades reales de legitimación del mando por entonces existente. Mientras tanto, gracias a las condiciones de organización que pudieron ser creadas entre la militancia encarcelada en Quito, un proceso paralelo venía desarrollándose.

Durante 1987 y 1988, en aquellos momentos de superlativa ausencia pública de AVC, el referente visible de presencia alfarista estuvo dado por las acciones efectuadas y por los comunicados emanados del Penal García Moreno. Tomó forma una facción que, -a la vez que internamente consolidaba su posición con un discurso de una radicalidad sin par, destinado a un auditorio aun exigente del mismo-, buscaba establecer contactos con miembros del futuro gabinete socialdemócrata⁴⁷ con miras, se nos decía, a viabilizar una amnistía para los presos políticos.

Fue bajo este propósito que, dentro y fuera de las cárceles, la militancia de base entendió y aceptó los acercamientos con destacados individuos del futuro gabinete socialdemócrata. Conforme se iban realizando tales contactos, dicha facción propuso que la realización de la Conferencia Nacional de AVC tuviese lugar cuando los presos políticos salieran libres. De manera más concreta, cuando saliesen libres aquellos reclusos en el Penal García Moreno. Esta conferencia, cuya fecha no podemos precisar, probablemente se realizó entre fines de julio y principios de agosto del 88.

⁴⁴ Sentimiento de transitoriedad que era formado por dirigentes alfaristas presos en Quito.

⁴⁵ Sobre este asunto v. supro. cap. 5.

⁴⁶ Apreciaciones estas que, a su vez, pudimos constatarlas entre los militantes encarcelados en Quito.

⁴⁷ Cuestión esta que fue ratificada públicamente, en septiembre de 1988, cuando AVC, retuvo a algunos periodistas.

Los documentos de la 3ra. Conferencia Nacional (III-CN) evidencian que buena parte de la discusión se centró en aquellos aspectos de la ideología y prácticas alfaristas que, por lo menos desde finales de 1986, habían sido objetos recurrentes de crítica por algunos sectores de la militancia. Nos referimos a la imprecisión del proyecto político, el carácter automático de la toma de decisiones y la precariedad de los procedimientos democráticos internos, la idoneidad de los mecanismos para la asignación de mando, la existencia de liderazgos carismáticos contrarios a una consolidación de la estructura organizativa, los descuidos en la formación política de la militancia, la naturaleza del trabajo de masas y del Frente Antioligárquico, la concepción militar estratégica, etc.

A su vez, los susodichos documentos registran la percepción que se tenía de la situación política nacional de ese entonces, así como, las especulaciones que con respecto a la posible evolución de la misma se efectuaban. Para AVC, la social-democracia accedía al poder en momentos signados por una crisis permanente, distinta a aquellas “que tienen los europeos y los gringos cada ciertos años donde todo se les va al diablo pero después se recuperan” (III-CON 1988: Z2). Relacionada con la escasa demanda exterior de los productos de exportación y con las presiones por el pago del servicio de la deuda externa, ésta crisis ocasiona una disminución de las divisas disponibles cuya consecuencia primaria es la imposibilidad estatal para mantener los niveles de oferta y demanda globales; esto es, “se acabó el poderoso Estado que incluso puede dar limosnas al pueblo y grandes prebendas a la oligarquía. Se acabó el Estado que sostenía una débil economía.” (III-CON 1988: Z3).

Tras este contexto de crisis, afirman los alfaristas, “luchando ante el gobierno de Borja, se esconden dos grandes conflictos sociales”: el primero, “entre los grupos oligárquicos por sus particulares necesidades, ambiciones económicas y por acaparar la teta del Estado”, así como, “por sus diferencias sobre cómo organizar la dominación del pueblo, entre el proyecto tolerante y dialogador y un proyecto derechista totalitario”; y el segundo. “el verdadero gran conflicto de la Democracia”, entre el Pueblo y la Oligarquía (III-CON 1988: Z1). Los actores de esta contienda social parten de condiciones diferenciales para librarla. La oligarquía “que no ha perdido su poder político y económico”, Se encuentra fortalecida y dispuesta a “impedir el desarrollo de la presencia popular frente al gobierno, cortar la acción de las mayorías y preparar las condiciones para las futuras elecciones”. (III-CON 1988: Z1).

El pueblo, cuyo ánimo y voluntad presente “no es el de rebeldía sino de aceptación de las reglas de juego electorales y de expectativa e incluso esperanza sobre el nuevo gobierno”, se presenta dividido entre las alternativas y orientaciones políticas de los diversos partidos y organizaciones gremiales mismas que marchan “por separado en relación al nuevo gobierno, unos para negociar, otros para subordinarse, otros para exigir y demandar, otros para mantenerse a las expectativas y otros para estar desde los inicios en la oposición”. (III-CON 1988: Z1).

Colocado entre el fuego cruzado de aquellos conflictos, -sostenía AVC-, Borja se verá abocado a definirse “como justiciero o como pro-oligárquico”. Tendrá así que escoger entre dos alternativas: (a) “Si se quiere mantener fiel a su utopía de gobernar para todos”, habrá de lograr un acuerdo en torno a la política económica que le permita “una distribución igualitaria de la torta estatal y unas medidas que beneficien al conjunto”; y

(b) si quiere mantenerse “fiel a su otra utopía de transformar el país”, tendrá que decidir “algunas medidas de cambio que golpeen un grupo oligárquico”, cuestión que “es muy posible, puesto que muchas veces se ha gobernado de esa manera, para salvar a grupos de la oligarquía se sacrifica a otros” (III-CON 1988: Z2). Sobre la base de las anteriores apreciaciones, en su III-CN, AVC propuso para el periodo:

-hacer política, -esto es, “responderle y provocar efectos al nuevo momento”-, apoyándose en la fuerza de las armas;

-elevar los niveles y objetivos del enfrentamiento a afectos de que el “pueblo comience a luchar por conquistar una democracia a fondo. Todo esto en medio que abre expectativas de democracia y justicia, que respeta elementos de la democracia y tiene ganada su legitimidad y consenso por el triunfo electoral” (III-CON 1988: Z1).

-emplazar a Borja a definirse con respecto a “como encarar la crisis y cómo democratizar el país”; es decir, emplazarlo a adoptar una posición con relación a los dos grandes conflictos;

-evidenciar ante el pueblo la decisión que adopte Borja;

-“combatir la institucionalización de las elecciones y del diálogo gremial, como lo único legítimo de la democracia”, exigiendo un “gobierno desde abajo” que no limite las demandas de la mayoría, que organice toda la vida comunitaria, que participe en la aplicación de las medidas económicas; (III-CON 1988: Z3).

-contribuir a la configuración de una fuerza política y social amplia, mediante un gobierno de convergencia que busque el poder, sea un referente para las mayorías y devele el conflicto pueblo-oligarquía; (III-CON 1988: Z4)

-“mantener el espíritu rebelde y el principio del derecho y la necesidad de la rebelión en nuestro pueblo porque no hay que dejarse traicionar y si nos traicionan hay que levantarse y buscar un gobierno nuevo”; (III-CON 1988: Z4)

-darle una salida política al pueblo “desarrollando los instrumentos que lo permiten y que son... el Frente Político de masas que en una especie de asambleas y congresos populares definan su propuesta económica, social y política en frente a Borja... una Fuerza Militar Rural para que pueda actuar y responder en el caso de que la oligarquía se solivante y busque tomar el poder directamente o en el caso de la traición de Rodrigo Borja... una acción ligada a las masas que orienten a nuestro pueblo...”; (III-CON 1988: Z4)

Como parte de esta propuesta, se decía, los diálogos con el gobierno se entienden como caminos para el logro de “las banderas de la democracia, de la transformación, de la justicia social, de la paz” que no excluyen sino que requieren acciones de hecho, cual “única garantía para que el gobierno se decida”. Todo diálogo, indican los documentos, debe realizarse en forma pública y previa una agenda (III-CON 1988: Z5). Si en el transcurso de éstos se solicita no idealizar acciones político-militares, AVC estaría dispuesto a acceder a hacerlo a condición de que la “concertación no se realice por separado con cada grupo político o social” y de que se haya llegado a acuerdo políticos, económicos y sociales. En ninguno de los documentos, cabe anotar, se planteó la posibilidad de acuerdos únicamente bilaterales con el gobierno, de entrega de las armas ni, menos aún, de incorporación a la vida política legal del país. En los documentos de la 3ra. Conferencia Nacional, eso si, se ratificó el carácter político-militar de AVC como

puede apreciarse explícitamente en el Reglamento Interno y en las acotaciones al proyecto político.

Del 10 de agosto al 24 de noviembre de 1988

En un lapso no mayor al mes quince días, -acotado por las fechas de la posesión del Dr. Rodrigo Borja como Presidente de la Nación y del anuncio público de los diálogos que venían efectuándose secretamente entre el gobierno y la guerrilla-, se produjeron ciertos sucesos al interior de AVC que viabilizaron definitivamente el abandono de la lucha armada. Oscuros como son los entretelones de la política, estos sucesos conforman una historia cuya reconstrucción habrá de considerarse hipotética. Nosotros, ligados pero no involucrados en los acontecimientos, de éstos apenas podemos señalar pocas cosas. Dejamos al lector que juzgue la reconstrucción siguiente. Veamos.

Las conversaciones secretas mantenidas por los representantes de AVC con los delegados del gobierno socialdemócrata, durante este lapso oscuro, adoptaron un matiz diferente al definido colectivamente en la 3ra. Conferencia Nacional. Si se interpretan de manera literal las resoluciones de dicho evento, no puede decirse otra cosa. Esta circunstancia, al parecer, motivó ciertos recelos en algunos sectores de la militancia alfarista que comenzaron a distanciarse de quienes venían interviniendo directamente en las conversaciones con el régimen socialdemócrata. Estos recelos fueron alimentados por un hecho que, al parecer, no podía contemplarse por aquellos con la misma candidez de antaño:

En las conversaciones con los delegados gubernamentales estaba excluida la participación del Comandante General de AVC cuyo seudónimo era ELOY GARCÍA, el hombre que había encabezado la organización desde marzo del 87 y que en otros tiempos, era la expresión viviente del "mando único y de la unidad de mando".

¿Por qué no se lo incluyó en las conversaciones? Según la opinión de un militante ligado a los individuos que sí participaban en las mismas, -responsable de una estructura de AVC-, Eloy García fue excluido por precaución pues "no convenía exponerlo a la luz pública, por seguridad otros tienen que dar la cara". Tales circunstancias motivaron, con certeza antes del 24 de noviembre la renuncia del Comandante Eloy García y la separación de un grupo de combatientes de las filas alfaristas. Se trataba de la primera de las disidencias posteriores a agosto de 1988.

A los tres días de haberse separado de AVC, este grupo se reunió para conformar una nueva organización político-militar y para efectuar los preparativos para una "reunión taller" tendiente a definir los lineamientos ideológicos básicos de la agrupación en ciernes. Y decíamos que tal ruptura se produce antes del 24 de noviembre, pues, como literalmente se informa en la primera carta a la militancia de la nueva organización político-militar, dicha reunión taller "se lleva a cabo en los primeros días del mes de noviembre".

¿Tuvieron conocimiento de esta separación los miembros de AVC que se hallaban dialogando con el gobierno? Sería difícil pensar que no. La renuncia de un Comandante

General no es cosa que suceda todos los días ni tampoco cuestión que pase por desapercibida en una organización centralizada como AVC. Es más, según se manifiesta en la carta de la nueva organización político-militar, el Comandante General renunció en una reunión de la "Dirección Nacional Ampliada" de AVC. No obstante, en una rueda de prensa concedida al periodista Diego Oquendo, el 24 de noviembre los Cmtes. Joaquín y Javier ratificaron que Eloy García era el Comandante General de AVC.⁴⁸ ¿Por qué lo hicieron? Nos reservamos la respuesta para secciones posteriores de este trabajo. Por el momento bástenos suponer que fue un error... un error que se permitió sutilmente que se vuelva a repetir. En una entrevista otorgada a la revista Vistazo, -medio informativo ecuatoriano cuya difusión tiene un carácter nacional y cuyo tiraje no es poca cosa-, el abogado Pedro Moncada fue designado, por quien redactó el artículo, como el Cmte. Eloy⁴⁹. Tal equívoco, si se observan los números posteriores de Vistazo, nunca fue desmentido por el susodicho abogado.

Del 24 de noviembre de 1988 a marzo de 1989

La fecha en la cual se dio a conocer públicamente los diálogos con el gobierno socialdemócrata puede ser fijada como un momento de inflexión en la trayectoria histórica de AVC. No tanto porque el lenguaje alfarista se permea de términos como diálogo, concertación, acuerdo o legalidad, como señala Villamizar.⁵⁰ Esos vocablos, veremos posteriormente, estuvieron presentes desde mucho tiempo atrás en el discurso alfarista. El 24 de noviembre marca un hito por otras razones.

En primer lugar, internamente, el control de las instancias de dirección partidista fue afianzado por la fracción de "los auténticos alfaristas" quienes recuperaron así los espacios de poder que, por haber estado presos, habían sido copados parcialmente por otros... por aquellos que abandonaron AVC en noviembre de 1988. Para AVC, la salida de este grupo representó una nueva "depuración" de militantes con antecedentes políticos en organizaciones de la izquierda ecuatoriana y con tendencias ideológicas socialistas o marxistas. Representó, dicho en otros términos, la eliminación de un sector susceptible de oponerse ideológicamente al proyecto de la Democracia Alfarista.

En segundo lugar, a partir de esa fecha, comenzaron reformulaciones de la ideología alfarista tendientes a justificar modificaciones sustanciales al proyecto político histórico alfarista, así como, las prácticas políticas concretas de AVC y a la dirigencia artífice de las mismas.

En este proceso de justificación-legitimación ideológicas, el discurso Político adoptó tres características: (a) formalmente adquirió rasgos por demás contradictorios: lo que se firmaba ayer, se lo negaba al día siguiente, para volverlo a ratificar dos días después.

⁴⁸Al respecto, vid. Periódico La Hora (Quito). 24 de noviembre de 1988, p. 13.

⁴⁹Véase Revista Vistazo NQ 519, 6 de abril de 1989, pp. 72-74.

⁵⁰Villamizar, Op, cit. pp, 199.

Contradictoria que no puede ser entendida como mero corolario de la ambigüedad ideológica propia de AVC; (b) tendió a estructurarse públicamente a partir de la deslegitimación del competidor político ya sea éste un izquierdista o un subversivo; (c) creó su propio régimen de verdad al asumir su papel como discurso del poder. Y lo hizo no tanto mediante la parcialización ideológica de lo real sino, a diferencia de antaño, simplemente omitiendo lo real. De ahí que, en aquel nuevo discurso, las disidencias simplemente no existieron.

Dado que estas cuestiones habrán de analizarse a posteriori con mayor detalle, seguidamente, nos limitamos a continuar con una exposición cronológica de los hechos. Veamos.

En enero de 1989, en un artículo intitulado "Diálogo para la justicia no para la rendición", AVC expuso cómo concebía los diálogos con el gobierno socialdemócrata y qué pretendía lograr por intermediación de los mismos:

Cit. -"No dialogamos ni para hacer trampa ni para rendirnos... dialogamos para exigir que se inicie el camino de la concertación... la concertación es llegar", después de un diálogo y debate nacional, a un acuerdo entre el gobierno y las fuerzas sociales y políticas...

En el diálogo hemos dicho que la concertación debe hacerse así: 1) DEBATE NACIONAL: que se abran mesas de concertación en cada parroquia, cantón, provincia para terminar en una gran Asamblea Nacional. 2) REPRESENTACION NACIONAL: que se asegure en cada mesa representantes de la mayor cantidad de sectores del pueblo. 3) DIFUSION NACIONAL: que se difundan por todos los medios de comunicación los debates y las propuestas de cada sector social y político. 4) UNA CONCERTACION QUE RESUELVE: que logrado el acuerdo nacional, este se hace viable en planes de gobierno que se aplicarán...

Se dirá que esto es un sueño, que no es viable. Nosotros creemos que es un camino largo pero posible y planteamos dos pasos muy concretos. 1) Es el momento en que el gobierno, de manera inmediata, convoque a una reunión de dirigentes sociales y políticos, para discutir la forma y los pasos de las fechas a seguir en la concertación... 2) De esta reunión tienen que salir los temas a discusión: las grandes obras provinciales y los objetivos y medidas económicas y sociales. No se puede discutir de todo. Pero si se pueden concretar los problemas fundamentales como la deuda externa, las ideas básicas del manejo monetario, cambiario, arancelario y del crédito. Cómo enfrentar la inflación y la producción... qué reformas hay que hacer en el campo y en la ciudad para mejorar la vida de las mayorías... nosotros queremos encontrar soluciones claras ahora; o este gobierno responde o buscamos un gobierno revolucionario producto de la rebelión del pueblo". (Montonera N° 33. Enero/89),

El 26 de enero, AVC reveló que estaría a punto de concretarse un acuerdo en el cual la organización se comprometería a deponer las armas en tanto que el gobierno nacional se habría comprometido a un gran diálogo nacional".⁵¹ En ese mismo día, el Ministro de Gobierno manifestó que los contactos con AVC se venían manteniendo con anterioridad al ascenso al poder del presidente Borja, que no se firmará ningún acuerdo y que tampoco se ha dado condicionamiento alguno. El 26 de enero, el Cmte. Joaquín anuncia que AVC ha decidido deponer las armas y que ha aceptado "firmar un acuerdo con el gobierno para alcanzar una serie de reivindicaciones de orden social, económico y político para el pueblo ecuatoriano". Señaló, a su vez, que se ha llegado a un acuerdo, cuyo borrador está listo para ser firmado por las partes y que "las revoluciones no solamente se dan con la violencia y sostuvo que este es un mecanismo que se emplea cuando los canales de diálogo se han cerrado".⁵²

Días después, por intermedio del Cmte. Joaquín, AVC desmintió declaraciones gubernamentales según las cuales se habría llegado a un acuerdo para deponer las armas. Se manifestó, al respecto, que el Ministro de Gobierno "ha tergiversado" el sentido del diálogo.⁵³

El 24 de febrero, voceros del gobierno nacional informaron de la captura del jefe de una fracción disidente de AVC que asaltó, en días pasados, el Banco de los Andes en Quito. Al día siguiente, el Presidente Borja manifestó que el diálogo con AVC no estaba funcionando en su totalidad debido a que tal agrupación encontrábase dividida.

El 1 de marzo, el Cmte. Joaquín exigió que se firme el acuerdo con el gobierno para cumplir con el compromiso de pacificación del país. Aseguró que no existía división al interior de la organización. Expresó que quienes cometen los asaltos no son de AVC pero que podrían ser de otra organización.

Señaló que "ahora se dan las condiciones para lograr la paz para los ecuatorianos, que el doctor Borja no debe perder esta oportunidad en beneficio del país". Dijo que quizás no se llegue a dar un cambio social, pero que lo importante es disponer de esa voluntad y sentar las bases para el desarrollo del país.⁵⁴

El 6 de marzo de 1989, en una entrevista al semanario Punto de Vista, aparecen declaraciones del Cmte. Joaquín quien afirmó "que lo fundamental de un acuerdo es la firma. Caso contrario no hay responsabilidad alguna de las partes. Si el gobierno no firma, demuestra no tener voluntad de paz ni de cambio. Y si no hay el cambio en paz propugnado por el Dr. Borja, el pueblo tiene la alternativa de seguir el ejemplo del general Alfaro".⁵⁵

⁵¹ En aquella ocasión se afirmó también la necesidad de pagar la deuda externa porque "el país necesita vivir de créditos".

⁵² Entrevista concedida al periodista Diego Oquendo.

⁵³ Periódico Hoy, s/f.

⁵⁴ El Comercio (Quito). 1 de marzo de 1989. s/p.

⁵⁵ Semanario Punto de Vista No 359, 6 de marzo de 1989, p. 11.

El 7 de marzo de 1989 se hizo público un acuerdo en el cual AVC anunció la cancelación de todo tipo de acciones armadas. Pedro Moncada manifestó que la decisión del movimiento fue adoptada en virtud de que hoy por hoy se abre la posibilidad de entrar por el camino de las transformaciones hacia el logro de que en el país imperie la justicia social, una verdadera democracia, soberanía y libertad para el pueblo".⁵⁶

El 9 de marzo el Presidente Borja aclaró que el gobierno no ha firmado ningún acuerdo con el grupo AVC: "Yo no sé de dónde sacan la, versión de que se ha firmado acuerdo alguno entre el Gobierno y el grupo AVC... yo no he visto ninguna firma... Lo que hay es una declaración por la cual esta organización subversiva abandona la lucha violenta, depone las armas y se inserta en la vida pacífica y democrática de nuestro país". El 9 de marzo guerrilleros presos en el litoral exigieron en un comunicado suscrito por Edgar Frías, la "amnistía política" para que haya un acuerdo total con el gobierno. Según informaciones periodísticas, aquellos "cuestionaron el acuerdo por cuanto condicionaban que en primer lugar se debía aclarar la situación jurídica de los detenidos". Al día siguiente, -desde la misma cárcel del litoral-, Juan Cuvi, Edgar Frías y Patricio Baquerizo revelaron su aceptación total e incondicional al acuerdo. Manifestaron que la amnistía política no era una condición del acuerdo.

El 13 de marzo, el semanario Punto de Vista señaló que "los mismos voceros del AVC han señalado que el acuerdo no incluye la entrega de armas, ya que se reservan el derecho constitucional de declararse nuevamente en rebelión y convocar al pueblo a enfrentarse con la oligarquía si ésta persiste en sus acciones violentas y en sus esfuerzos para que el país se mantenga en la injusticia y el hambre, cerrando de este modo las posibilidades de diálogo y el cambio".⁵⁷

Hacia la dejación de las armas

Con posterioridad al acuerdo alcanzado con el gobierno socialdemócrata en marzo de 1989, AVC comenzó a hacer política sin transgredir el ordenamiento jurídico vigente con acciones susceptibles de ser tipificadas como subversivas. Al parecer, según lo expuesto por Darío Villamizar,⁵⁸ dichas acciones se encaminaron, en un primer instante, a fomentar un gran Diálogo Nacional mediante conversaciones bilaterales con organizaciones políticas y sociales el país. Se intentaba con ello dar inicio a un proceso que "no había arrancado tal como se pactó en el acuerdo de marzo"⁵⁹ por incumplimiento

⁵⁶ Periódico Hoy. 7 de marzo de 1989, s/p.

⁵⁷ Ídem. No 360, p. 4.

⁵⁸ Villamizar, op. cit., pp. 201-205.

⁵⁹ Ibíd. p. 202.

de los compromisos por parte del gobierno socialdemócrata, según manifestaron voceros de AVC en mayo de 1989.

En un segundo instante, al no haberse concretizado nada en las conversaciones con las distintas organizaciones políticas y sociales del país, AVC se "arriesgó" a convocar por sí solo a la realización del Diálogo Nacional⁶⁰ mediante actos públicos que abarcaban desde concentraciones en plazas y marchas, hasta debates de reflexión y festivales de salsa y rock.⁶¹ Así, a partir de junio de 1989, AVC incrementó esfuerzos para su "enraizamiento en sectores populares"; esfuerzos acompañados por una propuesta de crear "milicias populares" que, según se infiere de una entrevista a Santiago Kingman, no tuvieron aceptación en los sectores sociales pues eran "ente extraño".⁶²

En un tercer instante, probablemente cuando se desvanecieron las expectativas de lograr un Diálogo Nacional, AVC avanzó hacia la dejación de las armas. "Pacificación" se convirtió, entonces, en el término central del discurso alfarista.

De ésta manera el Diálogo Nacional, -inicialmente encaminado a lograr una amnistía para los presos políticos (julio/88) y después presentado como un mecanismo para alcanzar un acuerdo nacional que viabilice planes de gobierno definidos concertadamente en una Asamblea Nacional Popular (enero 89)-, desapareció de las premuras políticas alfaristas... por lo menos de aquellas que el Ecuador requiere "aquí y ahora", de aquellas que legitimaron discursivamente el cese de hostilidades.

Para principios de 1990, cuando todavía AVC se definía cual movimiento subversivo -en un sentido muy sui generis, por cierto-, se comenzó a hablar de la posibilidad de dejar las armas e incorporarse a la vida política como partido. Posibilidad ésta que estuvo condicionada: en un primer momento, a la existencia de una verdadera democracia participativa (mar/90);⁶³ en un segundo momento, a la puesta en práctica de una serie de políticas sociales benéficas para el pueblo (nov. /90);⁶⁴ en un tercer momento, a que se le permita a AVC administrar proyectos de beneficio social (nov./90);⁶⁵ y, en un cuarto momento, al comprometimiento del gobierno socialdemócrata para conceder facilidades plenas que le permitiesen a AVC integrarse a la lid política (feb./91).⁶⁶

Mientras tanto, probablemente antes de julio de 1990, se separó una fracción de AVC⁶⁷ encabezada por Patricio Baquerizo quien "anunció públicamente su desconocimiento al

⁶⁰ Ibid. p. 203.

⁶¹ Ibid. p. 205.

⁶² Ibid. p. 204.

⁶³ Entrevista a Santiago Kingman, Revista 15 días (Quito), N° 5, 28 de marzo de 1990. p. 7.

⁶⁴ Entrevista a Pedro Moncada. El Día (México, D. F.), 14 de noviembre de 1990.

⁶⁵ El comercio (Quito), 18 noviembre de 1990, pp. 87.

⁶⁶ Entrevista a Juan Cuví. Periódico Hoy (Quito). 21 de febrero de 1991.

⁶⁷ Entendemos que se trataba de la segunda fracción en hacerlo desde agosto del 88...

sector socialdemócrata que compone parte de la dirección de la organización y su ruptura con la línea colaboracionista mantenida con el gobierno desde 1989"; sector éste que ha convertido a AVC "en un soporte que avaliza hasta las políticas más derechistas (del) régimen,".⁶⁸ Separación ésta que no impidió a los dirigentes alfaristas ratificar, en noviembre de 1990, que las afirmaciones sobre fisuras en el movimiento eran meros rumores.⁶⁹

El 18 de enero de 1991, AVC anunció que entregaría las armas "para concluir con éxito el proceso de pacificación" iniciado en marzo de 1989.⁷⁰ Comenzó entonces una nueva etapa del discurso alfarista cuyas características remiten a los argumentos otrora enarbolados por la derecha ecuatoriana. Efectivizada el 26 de febrero de 1991, mediante un acto público cuyo clímax se suponía sería la trituración inmediata del arsenal bélico-, la dejación de las armas cerró formalmente la historia de una guerrilla inconclusa. Las autoridades del gobierno ecuatoriano, la Iglesia y la Policía Nacional, manifestaron su beneplácito.

En el mentado acto, AVC presentó algunas cajas cerradas cuyo contenido no fue visto, ni tampoco contabilizado, en tal oportunidad; exceptuando, por supuesto, unas cuantas cajas abiertas a manera de muestra que, según informaciones periodísticas, contenían armas viejas e inservibles. No pudiendo ser destruidas en razón de un inesperado mal funcionamiento del dispositivo triturador, las armas fueron entregadas a la Iglesia Ecuatoriana con el propósito, improvisado en ese instante, de ser fundidas como material para un monumento a la paz... invisible hasta la fecha. Para no pocos fue ineluctable, entonces, la duda sobre la veracidad del histórico acontecimiento.

Dudas que se articulaban con declaraciones efectuadas, con anterioridad al evento, por Patricio Baquerizo quien manifestó "que es un engaño porque... no van a entregar las armas de la organización Alfaro Vive, por un hecho fundamental: porque los compañeros que piensan hacerlo no disponen o no tienen las armas". "Las armas que van a entregar han sido compradas con el dinero del gobierno".⁷¹ Refiriéndose a Pedro Moncada y demás dirigentes de AVC, Baquerizo señaló "que recibieron 5.000.000 de sucres en el mes de abril de 1990 (y) 7.000.000 en el mes de mayo", como resultado de una "negociación de dinero en la cual ellos en primera instancia pidieron 1.000.000 de dólares para la entrega de las armas y posteriormente "llegaron al acuerdo de los 200.000.000 de sucres". "Yo conozco muy bien esto, sostuvo, porque yo he sido parte de la dirigencia de AVC desde hace años. Y conozco los pagos que comenzaron a dar y fue lo que llevó a la división de la organización y a que las bases nos opongan a impulsar una política que estaba liquidando a la organización y liquidando su dignidad".⁷²

Cierto o no, oscuro epílogo éste para la "Democracia en armas". A entenderlo, entre otras cosas, se aboca el resto de nuestra obra.

⁶⁸ Semanario Punto de Vista. N° 426, 16 de julio de 1990, pp. 3.

⁶⁹ El Comercio (Quito).

⁷⁰ Periódico Hoy, 18 de enero de 1991, p. A-7.

⁷¹ Periódico Hoy (Quito), 26 de marzo de 1991. s/p.

⁷² Periódico El Telégrafo (Guayaquil), 26 de febrero de 1991. p. Al.

¡Alfaro vive carajo! y la lucha por el olvido!

Por Juan Fernando Terán

El siguiente texto fue publicado en el periódico ecuatoriano La Hora, el 8 de junio de 2006. Su digitalización se encuentra en la web del CEDEMA <http://www.cedema.org>.

“Cuando murió Arturo Jarrín, también desapareció el líder cuyo carisma lograba crear la apariencia de uniformidad en la heterogeneidad y de coherencia en el desacierto. Entonces, AVC adquirió tantas ideologías como autodeclarados comandantes existían.”

Empecemos desde el presente

A principios del 2006, una periodista me solicitó una entrevista para discutir sobre “AVC, revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa”, un libro publicado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1994. Esta solicitud ocurrió cuando algunos ex guerrilleros y familiares de los difuntos combatientes habían anunciado su intención de entablar nuevos juicios contra León Febres Cordero, por los crímenes de Estado cometidos durante su gobierno entre 1984 y 1988.

Pensando en el futuro y no en el pasado, acepté la entrevista, aunque con una buena dosis de desconfianza. Permítaseme explicar la razón.

Comencé a escribir ese libro en la cárcel, en 1986, cuando murieron los comandantes históricos de Alfaro Vive Carajo (AVC). Por aquel entonces, el texto tenía como propósito incitar a los alfaristas a una discusión despiadadamente crítica de sus propias prácticas, creencias e ideas. Este anhelo resultó infructuoso. Años después, el documento adquirió su forma final imaginando como sus destinatarios a las nuevas generaciones de luchadores sociales. Para evitar que éstas reprodujesen nuestros desaciertos, “AVC, reflexiones sobre una guerrilla inconclusa” buscó proporcionar una interpretación del fracaso que no estuviese centrada en el testimonio, la anécdota, la casualidad, la represión, la infiltración u otros recursos exculpatorios similares. En lugar de ello, el libro abordó esta experiencia insurgente tomando como referencia a las estructuras y procesos políticos, económicos y culturales ecuatorianos. Como efecto de esta opción político-metodológica, el análisis desembocó en un resultado aparentemente contraintuitivo, a saber, AVC fracasó porque representó la continuación de la izquierda ecuatoriana y no su superación.

Quizás debido a las incómodas y siempre vigentes implicaciones de esta conclusión, los editores del libro decidieron cambiarle el título para “revelar” muchas cosas, pero

suprimiendo el prólogo y la introducción. En estas secciones, se dejaba perfectamente claro que aquella guerrilla no fue derrotada por un sofisticado aparato contrainsurgente, por los avatares de la fortuna o por la muerte de sus comandantes. Aunque suene menos espectacular, ese intento rebelde comenzó a desvanecerse cuando emergieron las condiciones adecuadas para la reproducción inercial de un conjunto de prácticas cuya presencia todavía coarta el futuro de nuestra “izquierda”, dígame, la sustitución de un proyecto político por simbolismos con contenidos huecos; la proliferación de dirigentes que se asumen como iluminados e imprescindibles; la perpetuación de una militancia afecta a repetir mitos fundacionales y frases trilladas; o la incapacidad para delimitar un programa coherente de acción política a corto y largo plazo.

A continuación, me referiré a algunos aspectos de un análisis efectuado en un libro de 250 páginas, destacando aquello más relevante para una publicación dedicada a diseccionar lo que fue, es y podría ser la izquierda ecuatoriana.

Elementos para entender a AVC

Entre 1983 y 1987, e independientemente de su eficiencia para lograr transformaciones políticas a largo plazo, Alfaro Vive desorganizó el “modus vivendi” de la izquierda. Debido a su carácter público, las prácticas alfaristas devinieron en un cuestionamiento fáctico a las fórmulas discursivas tradicionalmente utilizadas para justificar las acciones u omisiones de las dirigencias de los partidos y gremios “progresistas”. Acaso en respuesta a ésta circunstancia, los observadores del intento insurgente comenzaron a acuñar toda una mitología sobre AVC y los acontecimientos coyunturales. Así surgió, por ejemplo, la imagen de Alfaro Vive como una organización de “muchachos” bien intencionados pero “desubicados” e “inexpertos”. Aunque benevolente, esta representación era equivocada.

Alfaro Vive no fue una guerrilla compuesta por jóvenes sin experiencia política o militar previa. Tampoco estuvo integrada solo por aquellas personas cuyos nombres se volvieron públicos debido a su desaparición, encarcelamiento o muerte. Esta organización surgió como resultado de la confluencia de distintas generaciones de activistas sociales. Para fines analíticos y a grosso modo, tales generaciones podrían ser diferenciadas considerando la situación política nacional en la cual los individuos tradujeron por vez primera sus inquietudes ideológicas en una participación política pública o en un accionar clandestino.

En la primera generación o “histórica”, se encontraban algunos individuos que participaron en aquellas organizaciones clandestinas constituidas desde los partidos y los gremios, con o sin el conocimiento y consentimiento de sus dirigencias. Durante la década de los setenta, estas organizaciones abrazaron una “estrategia de acumulación de fuerzas” que implicaba, por un lado, la realización de “acciones de recuperación” encaminadas a la obtención de recursos económicos para financiar su funcionamiento y comprar armas; y, por el otro, el trabajo de organización de pobladores y trabajadores en

ciertas regiones del país consideradas como potenciales frentes y retaguardias para un futuro foco guerrillero.

Dado que estas organizaciones surgieron mucho antes del triunfo de la revolución sandinista, sus militantes estaban familiarizados con alguna variante de las doctrinas marxistas y, por ende, colocaban a la construcción del socialismo como un objetivo histórico irrenunciable. No obstante, puesto que su condición de clandestinidad no significó un enajenamiento total de la dinámica pública de la lucha política y sindical desplegada durante los gobiernos militares, esta generación desarrolló paulatinamente una actitud crítica hacia su propia matriz, la izquierda ecuatoriana.

En esencia, los alfaristas históricos desconfiaban de estructuras partidistas cuyas prácticas concretas habían desembocado en la creación de reductos intrascendentes de “poder popular” al interior de las organizaciones gremiales y sindicales, en la promoción de huelgas nacionales para objetivos que no llegaban ni siquiera al efímero reformismo o en la incorporación de los militantes a una dinámica electoral centrada en el patrocinio de las carreras políticas de unos cuantos líderes destacados. A principios de los ochenta, en lugar de aceptar las pomposas justificaciones discursivas para el viejo corporativismo y el nuevo clientelismo, esta generación mantenía la convicción de que las grandes transformaciones sociales emergerían por fuera de, y con independencia de, los partidos de izquierda.

Una segunda generación de alfaristas comenzó a gestarse con el retorno de la democracia en Ecuador y con el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua. En este grupo, se encontraban aquellas personas que, antes de incorporarse a las filas alfaristas, dedicaron sus esfuerzos a transformar “desde adentro” a los partidos de izquierda y sus sindicatos, a la Izquierda Democrática e, incluso, a la Democracia Cristiana. ¿Qué pretendía esta generación? Básicamente, construir estructuras partidistas con capacidad para organizar a la población para fines no meramente electorales, buscando así también una “acumulación de fuerzas” que les permitiese a los sectores populares utilizar los espacios y momentos de la democracia electoral y no ser utilizados por ésta. Al margen de que este intento de transformación fue frustrado “desde adentro” por los dirigentes de los partidos, aquellas personas comenzaron a radicalizar sus propuestas conforme el gobierno de Osvaldo Hurtado evidenciaba la disolución de la esperanza reformista inaugurada por Jaime Roldós.

También, en la segunda generación de alfaristas, se encontraban algunos ecuatorianos cuyas inquietudes políticas los condujeron a vincularse con las guerrillas colombianas. Aparentemente, y hayan o no estado familiarizados con las doctrinas marxistas, estos compatriotas optaron por la insurgencia influidos por el carácter “renovador” del pensamiento y la práctica de la revolución nicaragüense y del Movimiento 19 de Abril (M19). Bajo esta influencia, al interior de Alfaro Vive, se conformó y consolidó posteriormente una tendencia para la cual “la democracia” era un objetivo legítimo de lucha armada, las acciones bélicas debían tener un significado político inmediato y altamente visible en la esfera pública, la formación del militante debía realizarse con referencia a los valores de la cultura nacional y el discurso de la organización insurgente debía desprenderse de categorías ideológicas para acercarse así al pueblo.

Una tercera generación de alfaristas optó por la lucha armada en respuesta a la inminencia del ascenso al poder de la derecha socialcristiana o al autoritarismo del gobierno de Febres Cordero. Al interior de Alfaro Vive, aunque estaba compuesto por individuos menores a los 20 años, este grupo no era tampoco “inexperto”. Si bien podría ser más corta, su historia de activismo no es tan sencilla. Antes de incorporarse a AVC, la mayoría de los miembros de la “generación antioligárquica” había experimentado también las limitaciones, contradicciones e incoherencias de la izquierda y de la democracia.

Hacia 1984, los futuros alfaristas antioligárquicos ya habían participado en huelgas u otros actos contestatarios, en la organización de grupos urbanos y campesinos o en la difusión de ideas progresistas o cristianas. En la mayoría de los casos, esta praxis emergió como resultado de las decisiones tomadas por el individuo y su grupo de amigos en el barrio, en la secundaria o en la universidad. Su interés por “hacer algo” no surgió de las interpelaciones ideológicas emanadas de los partidos de izquierda ni de una militancia “orgánica” en ésta. Ciertamente, algunos futuros alfaristas antioligárquicos buscaron vincularse formalmente a los partidos de izquierda y a las agrupaciones gremiales preexistentes. Sin embargo, su esperanza de transformar a éstas organizaciones “desde adentro” se diluyó prácticamente casi en los acercamientos y conversaciones preliminares. En momentos de un ejercicio autoritario del poder político, la retórica de la izquierda aparecía como más hipócrita que nunca. Entrar a la izquierda para leer “un paso adelante y dos atrás”, o para organizar un grupo de “nuevos artistas”, carecía de sentido.

A diferencia de las generaciones precedentes, los alfaristas antioligárquicos optaron por la insurgencia motivados por la fuerza de los hechos. Ante sus ojos, por vez primera en Ecuador, Alfaro Vive Carajo, una organización cuya propuesta política era conocida por aquello que dejaban traslucir los medios de comunicación, le respondía a la democracia de los oligarcas como se debía, a “balazo limpio”. Por vez primera, aparentemente, se abría la posibilidad de llevar la lucha social más allá del tradicional juego de la defensa de posiciones entre la policía y los manifestantes alrededor de una universidad. También, por vez primera, parecía existir una organización capaz de superar el ritual inocuo de una huelga o paro nacional que comienza con el bloqueo de vías y, luego, culmina con un pacto secreto entre las dirigencias gremiales y el gobierno de turno. Aquella no fue, sin embargo, la última camada de alfaristas, ni la más numerosa.

Desde su apareamiento público en 1983, Alfaro Vive comenzó a crecer gracias a la incorporación de jóvenes y viejos para quienes las teorías, los discursos y las prácticas de la izquierda no representaban nada. Y en esto radicó la fuerza y la debilidad de una guerrilla inconclusa. A mediados del gobierno de Febres Cordero, en las nuevas generaciones de alfaristas posteriores a la antioligárquica, se observaban las huellas de un sistema político que no le decía ni le prometía nada a un mecánico, a un campesino, a un montubio, a un pescador, a un poeta, a una madre, a un vendedor ambulante, a un artesano, a un negro o a un indígena. Para ciudadanos como estos, la izquierda y sus líderes eran entelequias tan lejanas a su vida cotidiana como lo eran la derecha y sus gamonales. Una vez incorporados a Alfaro Vive, empero, los nuevos militantes reafirmaron su voluntad insurgente teniendo como referencia un conjunto de

proposiciones ideológicas bastante incoherente. Y así se formaron muchos de aquellos nuevos comandantes que, cuando murieron los líderes históricos, cuando fueron encarcelados los alfaristas de las generaciones previas, quedaron al mando de estructuras políticas y militares importantes... demasiado importantes.

Las dos primeras generaciones de alfaristas fueron las gestoras de “la democracia en armas”, el pensamiento a ser difundido entre los aspirantes a combatientes, colaboradores o simpatizantes. Aquellas generaciones compartieron un rasgo fundamental para entender el origen y desenlace de su intento subversivo. Debido a sus ingratos recuerdos de “el trabajo de masas”, “la formación ideológica” o “la construcción del aparato”, efectuados en sus militancias pasadas en nombre de la revolución pero en beneficio de las oligarquías del partido o del sindicato, los líderes alfaristas intentaron evitar todo aquello que insinuase la reproducción de “la izquierda y su dogmatismo” al interior de una organización decididamente insurgente.

En su afán por conformar un pensamiento y un discurso versátiles para la acción, empero, los líderes históricos rechazaron tanto las formas como los contenidos izquierdistas, colocando así las semillas para el fracaso. Sin percatarse de las eventuales consecuencias de esta ruptura, ellos propiciaron la consolidación de estructuras y métodos organizativos por cuya intermediación los alfaristas confundieron el enfrentamiento audaz, a los aparatos represivos del Estado, con el potenciamiento de la lucha de clases.

La historiografía detrás de los imaginarios

Quienes confluyeron en Alfaro Vive, no lo hicieron para crear documentos. Por ello, cuando la militancia quedó huérfana de la orientación proporcionada por los comandantes históricos, la reconstrucción del “pensamiento alfarista” devino en una tarea difícil. Desde 1986 en adelante, para tal efecto, se contaba con apenas unos cuantos textos escritos en diversas coyunturas, para propósitos diferentes y por autores no fácilmente ubicables. También, se tenía a disposición los recuerdos y las opiniones de los propios militantes. No obstante, ni los documentos ni los testimonios eran fuentes informativas confiables pues podían ser utilizadas para justificar las más variadas posiciones tácticas y estratégicas. En cualquier caso, una cosa era cierta: la historia de las prácticas político-militares constituía ineluctablemente el punto de referencia obligatorio para delimitar lo que habría de hacerse a futuro. Y, en esta historia, las acciones u omisiones de Arturo Jarrín eran consideradas por los nuevos comandantes como el criterio de verdad para definir qué era y qué quería AVC.

En 1980, Alejandro Andino, Miriam Loaiza, Ketty Erazo, Arturo Jarrín y Hammet Vásconez conformaron un grupo para analizar la realidad ecuatoriana y organizar un proyecto revolucionario. Además de generar un documento intitulado “Mientras Haya que Hacer Nada Hemos Hecho”, los miembros del grupo hicieron un pacto “inquebrantable”: en los años venideros, aún cuando no tuviesen ninguna coordinación mutua, cada uno cumpliría una tarea necesaria para concretizar su intención transformadora. Así, mientras unos viajaron a El Salvador para adquirir destrezas en una situación real de combate, otros

emprendieron hacia zonas rurales y urbanas de la costa y de la sierra para crear los fundamentos sociales requeridos por una eventual organización revolucionaria futura. Dado que Alejandro y Miriam fueron asesinados mientras hacían su “trabajo de masas”, Arturo quedó como el único miembro de aquel grupo que permaneció en el país. Su tarea consistía en buscar a las organizaciones clandestinas existentes en Ecuador e intentar convocarlas a la creación de un gran frente revolucionario. Y lo logró.

Arturo llegó a contactarse con militantes o ex militantes de organizaciones socialistas, comunistas, troskistas y cristianas. También mantuvo encuentros con: la organización comandada por Kléber Gía, que había secuestrado al industrial Antonio Briz; con los grupos de apoyo logístico al M19 que operaban en Ecuador; con algunas fracciones del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); con “La O”, una organización que participó en el asalto al Consejo Provincial del Guayas en 1976; y con “los Chiribogas” que habían intentado crear un foco guerrillero a principios de los setenta. Estos acercamientos no habrían desembocado en nada nuevo si no hubiese sido por un factor que, con referencia a la coyuntura política ecuatoriana, devino en determinante. Aunque no contaba con nada parecido a una estructura organizativa consolidada, Arturo comenzó incrementar su capacidad de convocatoria y su legitimidad “porque hablaba con los hechos”. Ante innumerables pequeños grupos con intenciones beligerantes, su carta de presentación fue una acumulación de fuerza “en caliente”, es decir, la realización de acciones subversivas.

Así, para febrero de 1983, unos 60 ecuatorianos se reunieron en Esmeraldas para fundar el Frente Revolucionario del Pueblo Eloy Alfaro (FRPEA). Aunque Arturo Jarrín era apenas el responsable de la obtención de recursos económicos, ésta tarea afianzó su relación más directa con quienes estaban realmente dispuestos a conformar comandos de operación. Dado que reprodujo las versiones del accionar clandestino previo, el FRPEA no pasó de ser otro membrete más con existencia documental: una vez concluida esta “Primera Conferencia Nacional”, la mayoría de sus comandantes y militantes retornaron a hacer lo que habían hecho durante años, a saber, preparar las condiciones sociales para, algún día, develarse públicamente y operar militarmente. Por ello, durante los meses inmediatamente posteriores a la constitución del FRPEA, sus grupos permanecieron ubicados en zonas geográficas distintas, manteniéndose autónomos entre sí, sin lograr coordinación efectiva, recelando unos de otros e intentando sobrevivir cotidianamente. Pero este membrete bastó para canalizar un impulso contenido y disperso.

Atribuyéndose funciones que no le competían, Arturo Jarrín, acompañado por Fausto Basantes, comenzó a visibilizar la existencia del FRPEA mediante acciones que iban desde la incursión en una fábrica en huelga, pasando por la escritura de grafitos en las paredes de Quito y llegando a recuperaciones económicas todavía minúsculas. De esta forma, para agosto de 1983, se logró consolidar un grupo consistente de futuros mandos que ingresó al Museo Municipal de Guayaquil para recuperar las espadas de Eloy Alfaro. Desde ese entonces, y debido a la frase con la cual solían concluir sus pintas callejeras, la prensa comenzó a referirse a la existencia de un grupo denominado “Alfaro Vive Carajo”. Un mes después, desde la clandestinidad, Arturo Jarrín, Mireya Cárdenas y Edgar Frías ofrecieron una rueda de prensa para anunciar la existencia de AVC. Los comandantes, las

estructuras y los documentos iniciales del FRPEA comenzaron a quedar obsoletos y a desvanecerse. Sus militantes más interesados en la acción directa empezaron a aglutinarse en torno al liderazgo de quienes estaban conformándose como los dirigentes de una guerrilla cuyo nombre final lo definió la prensa.

En los años subsiguientes, asumiendo tácitamente que todos combatían en función de lograr el mismo objetivo político y militar, los alfaristas centraron sus esfuerzos en la planificación e implementación de acciones encaminadas a la consolidación de comandos urbanos y rurales operativos, opción ésta que habría de conducir posteriormente a la creación de una fuerza militar rural estratégica. Para no incurrir en las dilaciones del pasado, los alfaristas dejaron la definición de los detalles de su proyecto al curso de los acontecimientos. Dado que este principio fue interiorizado por la militancia como norma y no como excepción, Alfaro Vive devino en una organización que delimitaba su posición política conforme el comando central efectuaba pronunciamientos sobre los temas de la coyuntura ecuatoriana; que definía su proyecto revolucionario en los pocos momentos de coordinación y deliberación colectiva y que establecía su estrategia militar según los recursos existentes y los escenarios inmediatos previsibles. Esta forma de proceder funcionó... porque contaba con un apoyo externo muy bueno.

Alfaro Vive Carajo no habría pasado de ser otra organización clandestina y efímera si no hubiese sido por las palabras y acciones de Febres Cordero. La fuerza de una guerrilla no está correlacionada con la cantidad de sus militantes ni, tampoco, con el poder de sus armas. Ni siquiera en el mejor de sus momentos, AVC pasó de ser una agrupación compuesta por más de dos o tres centenas de militantes con capacidad operativa permanente. Sin embargo, incluso en el peor de sus momentos, gracias a la prepotencia e imprudencia de León Febres Cordero, AVC parecía estar en todas partes y ser más grande de lo que era.

Como solía descubrirse cada vez que alguien caía preso o moría, sus filas estaban siendo alimentadas por personas provenientes de una gama muy amplia de sectores sociales. Tanto hacia adentro como hacia fuera de Alfaro Vive, los reveses experimentados comenzaron a generar un “efecto de demostración” que incitaba a otros ciudadanos a buscar los contactos pertinentes para introducirse en una organización aparentemente poderosa y sofisticada. Con sus declaraciones y sus acciones desmedidas, incluso desde antes de llegar a la Presidencia de la República, León Febres Cordero amplificó esa ilusión.

En la política o en la guerra, las ilusiones no son malas... salvo cuando los involucrados sucumben ante ellas. Por factores tan diversos como el carácter “compartimentado” de la información sobre el estado real de los aparatos, la precariedad de las instancias de coordinación estratégica o el precario adiestramiento en el análisis político, los militantes alfaristas perdieron de vista que sus acciones no estaban siendo respaldadas por un trabajo organizativo con capacidad de sustentar operaciones bélicas a largo plazo, por una propuesta política con posibilidades de sobrevivir a la muerte de sus comandantes o por una estructura organizativa inmune al caudillismo.

¿Cómo se organizaba internamente AVC?

La respuesta no es fácil. En teoría, según los documentos de la Primera Conferencia Nacional constitutiva del FRPEA, Alfaro Vive estuvo compuesto por estructuras diferenciadas entre sí según sus facultades referentes a la toma de decisiones, su capacidad de dirección sobre otras estructuras y su función respecto a la implementación de líneas político-militares predefinidas. En este sentido, a la sazón de un tipo ideal con existencia sumamente precaria y esporádica, se podría decir que existían: una Dirección Nacional que involucraba a 11 miembros, entre los cuales se encontraban representantes de organizaciones sociales no clandestinas; un Comando Central que ejecutaba los lineamientos estratégicos de la Dirección Nacional que habían sido definidos en una Conferencia Nacional, evento éste que debía reunir a todos los militantes y colaboradores alfaristas; unos comandos político-militares que ejecutaban acciones militares y no militares en el ámbito urbano; y una fuerza militar rural cuyo máximo nivel de decisión táctica era el Estado Mayor.

Una vez que AVC devino en organización pública, empero, los acontecimientos convirtieron a la Conferencia Nacional y a la Dirección Nacional en espacios organizativos y deliberativos más virtuales que reales. También, el Comando Central atravesó por una situación similar: su consistencia interna no pudo ser reparada después de la muerte de Fausto, Hammet y Arturo.

También, en teoría, AVC basaba su funcionamiento en principios como la disciplina, la selectividad, la compartimentación, la clandestinidad, la unidad de mando y el mando único. Conforme aumentó la actividad pública de Alfaro Vive, todos estos principios fueron relajados y quebrantados. Entonces, por ejemplo, los vacíos en las instancias de dirección político-militar, creados por la muerte o el encarcelamiento de los comandantes más antiguos, fueron cubiertos por “cooptación”. Este método proporcionó capacidad decisoria a militantes bastante propensos a la acción bélica directa, pero poco aptos para percibir y admitir oportunamente cuán cercanos eran sus improvisados manifiestos coyunturales a los planteamientos socialdemócratas y neoliberales. Por otra parte, cuando los nuevos mandos carecían de la legitimidad proporcionada por el combate o por el carisma, se amplificaban las condiciones para el fraccionamiento interno de AVC. Así surgieron Montoneras Patria Libre, los alfaros de Cuenca y otros tantos “alfaros” regionales que hacían lo suyo con o sin aprobación del Comando Central de turno.

Lejos de ser meros accidentes, estas circunstancias expresaban las contradicciones inherentes a una organización subversiva que, cuando comenzó a crecer sin recurrir a la cantera de ex militantes de la izquierda, moldeó ideológicamente a sus nuevos combatientes utilizando las obras literarias clásicas del costumbrismo y del realismo social ecuatorianos; proporcionándoles libros sobre los testimonios de lucha en otros países latinoamericanos; relatándoles la historia de Eloy Alfaro, Carlos Concha y otros combatientes de nuestro pueblo; enviándolos a un viaje a Libia donde serían impactados por las verdades ocultas en el Libro Verde de Gadafi o hablándoles de la “democracia en armas”, un proyecto que “Arturo sí entendía”.

¿Qué pretendía Alfaro Vive?

Cuando murió Arturo Jarrín, también desapareció el líder cuyo carisma lograba crear la apariencia de uniformidad en la heterogeneidad y de coherencia en el desacierto. Entonces, AVC adquirió tantas ideologías como autodeclarados comandantes existían. Entre los distintos grupos que reivindicaban sus prácticas como acciones alfaristas, uno logró apropiarse de la vocería pública desde 1986 hasta la dejación de las armas y en adelante. Se trataba de aquellos militantes que, a la mejor sazón de la política ecuatoriana, gustaban presentarse a sí mismos como los “auténticos” continuadores de la tarea iniciada por el “comando histórico”, como los “auténticos” entendidos en el significado de “la democracia en armas” o como los “auténticos” combatientes sin rezagos izquierdistas ni veleidades marxistas. Autenticidad era su palabra favorita. Para atribuirse esta cualidad, los “auténticos alfaristas” solían recurrir a argumentaciones imbuidas por una actitud mítica: en última instancia, la idoneidad de los nuevos mandos políticos o militares estaba sustentada en el pasado fundacional, en cualquiera de sus versiones imaginables.

Desde 1986 en adelante, después de ser cooptados o de cooptarse a sí mismos hacia posiciones directivas, los “auténticos” mandos justificaban “su línea” aduciendo que ellos sí participaron en la Primera Conferencia Nacional, que ellos sí estuvieron involucrados en las primeras recuperaciones bancarias o en la sustracción de las espadas, que ellos sí tuvieron oportunidades para discutir con el comando histórico sobre el proyecto alfarista o, por último, que ellos sí fueron designados como mandos por Arturo. Cuando eran interpelados por los militantes llanos sobre lo que quería hacer Alfaro Vive, los auténticos herederos del carisma y del mito solían recurrir a una respuesta estandarizada: “la democracia en armas”.

Para explicar el sentido de este supuesto proyecto político, los comandantes recurrían a frases bastante antojadizas que, en lugar de esclarecer las eventuales características de una propuesta de transformación social, constituían mecanismos de protección del discurso, de la identidad y del poder al interior de AVC. Haciendo una síntesis de las pautas organizadoras de estas maniobras de retórica, se podría decir que, para los auténticos alfaristas formados al calor del combate y al abrazo de la literatura, la ideología alfarista era un sistema asistemático e innovador de proposiciones (históricamente no novedosas) que pretendía (sin pretensión alguna) orientar la acción revolucionaria clarificando (sin especificar concretamente) los medios y los objetivos de la misma. A continuación, diseccionemos este trabalenguas en formas similares a las cuales era habitualmente enunciado.

El sistema asistemático: Alfaro Vive llegó a existir porque sus militantes estaban cansados de las ideologías que postergaban la acción revolucionaria en nombre de la revolución. Para el alfarista, las ideologías políticas eran “esquemas” abstractos e irremisiblemente condenados a estar desvinculados de la realidad. Por eso, para los militantes auténticos, AVC no tenía una ideología porque su pensamiento era virtuosamente inconcluso, flexible y realista.

Innovador pero no novedoso: los auténticos alfaristas solían decir que AVC compilaba los mejores anhelos y propuestas previamente plantadas durante la historia social ecuatoriana. En ese sentido, AVC no inventaba la rueda, solo la ponía en marcha. Sin embargo, simultáneamente, AVC era una organización político-militar significativamente diferente a sus homólogas previas. Esta organización había logrado hacer aquellas tareas históricas evidentes que otros no pudieron o no quisieron hacerlo.

Pretencioso sin pretensiones: Ante los múltiples “vacíos históricos” que acosaban al Ecuador, entre los cuales destacaba la ausencia de una conducción política coherente para el movimiento social, AVC se configuró como tal en función de señalar los grandes objetivos a lograrse y los procedimientos a utilizar. Empero, esto no significaba que AVC tuviese la pretensión de convertirse en regulador de las prácticas políticas colectivas. Es decir, la propuesta de conducción político-militar alfarista, al asumirse así misma como una más entre otras tantas posibles, no aspiró nunca a erigirse en única o exclusiva.

Clarificador sin clarificar: los “auténticos alfaristas” consideraban que el papel dirigente de AVC habría de limitarse al señalamiento oportuno de los “grandes derroteros” a seguir. Para aquellos, la ausencia de señalamientos para insinuar, aunque sea tentativamente, cómo habrían de concretizarse dichas tareas, constituía una virtud de Alfaro Vive, una expresión de un espíritu democrático. Se argumentaba que, para que el pensamiento y la práctica alfaristas no fuesen reducidos a los caminos preconcebidos, se debía dejar la efectivización de las tareas históricas a la creatividad propia de las fuerzas sociales. De ahí que, por ejemplo, AVC intentó transferir a los combatientes ecuatorianos del Batallón América hacia un Ejército Popular que habría de asentarse en nuestro territorio... todo esto sin especificar, sugerir o insinuar si esta nueva estructura operaría en un frente o en varios, moviéndose en columnas o en guerrillas, desplazándose en los campos o asediando las ciudades. Esto “lo definiría el pueblo”, era la respuesta auténtica.

Los epitafios para una utopía abandonada

Para 1988, AVC ya había sido derrotado como organización insurgente. Su fracaso no tenía que ver con los pocos militantes o armas. En estricto sentido, una derrota no se define por la aniquilación de las fuerzas combatientes sino por la incapacidad de éstas para continuar con una acción bélica autónoma. Como suele mencionarse en las paráfrasis a las obras de Clausewitz, Sun Tzu o Mao, esta incapacidad emana cuando la guerra no es la continuación de la política por otros medios... ¡¡de cualquier política!! Y esto le pasó a AVC. Una vez en manos de sus “auténticos” comandantes y militantes, AVC llevó sus contradicciones al extremo, imaginándose que el simbolismo político era expresión de la existencia de un proyecto político. Por eso, durante el gobierno de Rodrigo Borja, los voceros públicos de AVC incurrieron en las ocurrencias más estrambóticas en sus intentos por justificar sus acciones en tiempos de “la democracia desarmada”. Recordemos algunos ejemplos... incluyendo, ahora sí, algunas “revelaciones”. La dejación de las armas no emergió como una decisión de toda la militancia alfarista. Aquella comenzó a fraguarse mediante contactos informales entre los futuros miembros

del gabinete socialdemócrata y los auténticos alfaristas encarcelados en Quito y Guayaquil. Por ello, éstos debieron recurrir a múltiples sofismas para desenvolverse en la incómoda situación. Utilizando la amenaza de reiniciar acciones beligerantes, los auténticos comandantes intentaron mantener algún nivel de control sobre los militantes clandestinos que todavía perseveraban en sus pretensiones revolucionarias y, también, intentaron negociar soluciones individuales relativamente satisfactorias y rentables con el gobierno de Borja.

En ese contexto, a mediados de 1989, se inscribe aquella frase según la cual “cuando Febres Cordero entregue sus armas, nosotros entregaremos las nuestras”, una declaración francamente falaz si se considera que, según los documentos de la última conferencia nacional clandestina, AVC no disponía de una sola arma en 1987. Empero, haya o no tenido AVC las armas entregadas en una ceremonia pública en la Plaza de San Francisco, lo importante fue “el gesto”, como declaró otro auténtico comandante. Ciertamente, las implicaciones de este simbolismo pueden ser apreciadas en dos dimensiones.

La dejación de las armas refrendó la estabilidad del orden vigente al ratificar el monopolio de la violencia legítima en manos del Estado. Por primera vez en la historia moderna de las organizaciones clandestinas ecuatorianas, la clase política pudo presentar a la desarticulación de un intento subversivo como consecuencia de las supuestas virtudes del convivir republicano en nuestro país, una “isla de paz”. Este tamaño favor le hicieron los auténticos ex guerrilleros a una democracia oligárquica.

A su vez, y al menos por unos cuantos meses, la dejación de las armas les permitió a los caudillos de AVC mantenerse en la escena política nacional protagonizando el momento, por efímero que éste fuese. Por aquel entonces, con la audacia característica de quienes aspiran a convertirse en diputados aprovechando el capital mediático acumulado en el pasado, los auténticos alfaristas prometieron seguir siendo los mismos de siempre porque “la ausencia de armas no le quita al movimiento su carácter subversivo”. A tal efecto, en un infructuoso intento por iniciar carreras políticas creando su propio partido, el 1ro. de mayo de 1989 aquellos desfilaron por las calles de Quito cubriéndose los rostros con pañuelos al estilo “subversivo”. También establecieron la “Casa del Militante”, una instalación abierta al público en la cual los viejos y nuevos alfaristas usaban terminología militar, cocinaban el rancho y utilizaban nombres en clave. Y, a todos estos simbolismos, se los denominaba “proyecto político”.

Con el transcurso de los meses, los auténticos alfaristas desaparecieron de la escena pública. Su innovador movimiento o partido nunca llegó a concretizarse. Ninguno de los históricos personajes logró convertirse en un organizador social destacado, en un líder de opinión o en un político exitoso. Y esto era previsible. Con o sin las armas, los caudillos de AVC no tuvieron una propuesta política contestataria y coherente. Una transformación social significativa, ¿podría haber sido engendrada por quienes, durante la huelga nacional de noviembre de 1988, sostuvieron que “la huelga se origina de la frustración... Tiene más un sentido negativo que positivo... hay que superar la huelga por medio de una concertación social encaminada a la búsqueda de transformaciones... no decimos que los obreros ganen cien mil, sabemos que estamos en un país donde hay que administrar la pobreza”?

De frases como éstas se podría decir mucho. Por ejemplo, aquellas reflejan un magistral desatino político pues, aun cuando se considere que la huelga debe ser superada como forma de protesta social, formular apreciaciones de esa índole es simplemente torpe, especialmente cuando los trabajadores efectúan su acción por considerar cerrada toda posibilidad de concertación. Por paradójico que parezca, aquella frase según la cual “estamos en un país donde hay que administrar la pobreza” reproduce exactamente el sentido de las políticas de ajuste estructural propiciadas por las instituciones multilaterales en beneficio de los tenedores de deuda criollos y extranjeros. La administración de la pobreza es una proposición de la ideología neoliberal formulada para desanimar cualquier modificación en la distribución del ingreso favorable a los sectores populares. En nuestros países, con o sin las armas, el objetivo de la acción colectiva debería ser “la administración de la riqueza”. Pero estas sutilezas conceptuales y políticas, jamás las entendieron los auténticos alfaristas.

La democracia como problema y demanda

Aunque los trabalenguas retóricos emergieron después de la muerte de Arturo Jarrín, el problema de fondo era otro y traspasaba los confines de Alfaro Vive y sus militantes. En Ecuador, la democracia surgió de una transición autoritaria, controlada y excluyente. Por ello, los comandantes históricos percibieron que actuaban en un país en el cual la modernización económica y política había sido coartada por el comportamiento de los empresarios monopólicos, por la precariedad de los sustentos societales para las nuevas formas estatales y por la ausencia de organizaciones contestatarias con vocación y capacidad hegemónicas.

Aunque no siempre pudieron reconocer el sentido implícito en sus propias propuestas, las proclamas alfaristas contenían alusiones en las cuales se reclamaba por el respeto al Estado de Derecho, por la sujeción de los gobernantes a las funciones prescritas para ellos en la Constitución, por la eliminación de la competencia económica “desleal” y por la construcción de una verdadera nación para todos y por todos. Sin percibir las potenciales implicaciones de sus palabras, los comandantes históricos estaban creando una organización que recurría a las armas para objetivos políticos susceptibles de ser alcanzados sin su utilización, a saber, el perfeccionamiento de la democracia como régimen basado en valores y procedimientos mínimamente liberales. En este sentido, la democracia era un anhelo inconcluso.

Pero también era un problema. En Ecuador, el retorno a la democracia no logró crear un sistema político con capacidad para responder a las necesidades materiales y simbólicas de los distintos grupos sociales existentes. Para conformar una nación, AVC intentó “recuperar” e incorporar en su proceder a aquellos elementos históricos y culturales considerados por la militancia alfarista como compartidos o asumibles por todo “el pueblo” sin distinción de clase social u ocupación laboral. Esto implicó, entre otras cosas, una simbología y un discurso insurgentes que reivindicaban los estándares patrios, el himno nacional y otros elementos similares por cuya intermediación la patria se vive y se

piensa.

Para crear esa nación y mantenerla unificada en la lucha en contra de la oligarquía, Alfaro Vive no dirigió sus interpellaciones solo a los trabajadores. En su discurso y en su accionar, se observaba un interés por incorporar a los marginales, los jóvenes, las mujeres, los negros, los montubios, los indígenas o cualquier otro grupo periférico en el orden hegemónico. Por ello, en las hojas volantes, en las ruedas de prensa o en cualquier otro dispositivo de comunicación, se introducían expresiones lingüísticas derivadas del quichua, de las cobas juveniles o de los dialectos regionales.

En el ámbito de lo económico, Alfaro Vive tenía una propuesta muy cercana a las versiones de la teoría de la dependencia más digeribles y populares a fines de los setenta. En uno de los documentos más explícitos al respecto, poco utilizado para la formación ideológica posterior de los nuevos militantes, se sostenía que Ecuador era un país con una economía dependiente en la cual persistían relaciones precapitalistas a causa de la existencia de un “régimen oligárquico”. En una de sus interpretaciones posibles, ésta categoría designaba a una situación en la cual el contubernio entre la oligarquía y el imperialismo facilitaba una extracción permanente de excedentes, sea a través de la desigualdad en los términos de intercambio internacional o sea a través de una ausencia total de control al capital extranjero y/o monopolístico.

Frente a este diagnóstico, entre otras cosas, aquel documento proponía constituir un gobierno popular que “acabe o condicione” la existencia de monopolios; que trabaje por un orden económico internacional donde los acuerdos igualitarios sean la base del intercambio; que declare impagable la deuda externa; que transforme el aparato productivo reorganizando el sistema financiero nacional y democratizando el crédito; y que proteja a los auténticos productores, sean estos pequeños o grandes.

También, con el término “régimen oligárquico”, se designaba a una característica inherente al Estado ecuatoriano desde la muerte de Eloy Alfaro, a saber, el aparato estatal permite que prevalezcan los intereses de la oligarquía incluso cuando ésta no tiene un control directo del poder ejecutivo o del poder legislativo.

Si bien sus distintas proposiciones eran eventualmente contradictorias entre sí, pues reflejaban las tensiones inherentes a una exploración intelectual donde las formulaciones marxistas estaban siendo alimentadas con otras vertientes de pensamiento contestatario, aquel documento reflejaba un genuino esfuerzo por aprehender con precisión las características más fundamentales y seculares de los procesos económicos y políticos ecuatorianos; sobra decir, éste esfuerzo era efectuado con miras a derivar un planteamiento político y militar verdaderamente estratégico. Empero, este texto fue archivado en el olvido y sustituido por documentos con una consistencia observable en cualquier proclama capaz de captar la atención.... pero inadecuada para objetivos más sofisticados. Por ejemplo, en 1985, en una nueva versión del “Mientras Haya que Hacer, Nada Hemos Hecho” atribuida a Arturo Jarrín, Alfaro Vive Carajo sostenía lo siguiente:

-. “AVC quiere aportar con algo fundamental que las experiencias de los pueblos de América Latina y de nuestra patria nos han enseñado: la fuerza que dan las armas”

- *“AVC es una forma de expresión organizada de los objetivos políticos y la aspiración histórica del pueblo ecuatoriano: democracia, justicia social, independencia económica, soberanía nacional”*

- *“Somos antioligárquicos, antiimperialistas por necesidad histórica; somos demócratas por vocación de que el pueblo debe ejercer el poder; somos nacionalistas por mandato de la patria; somos unitarios por convencimiento de la necesidad de unir todas las fuerzas para derrocar a la oligarquía”*

Esta clase de textos quedaron como legado para orientar la acción de los nuevos militantes y mandos alfaristas. Aquellos decían todo lo necesario para empuñar las armas, pero nada de lo imprescindible para mantenerlas como instrumentos de un proyecto colectivo.

Para concluir, volvamos al principio

Por fortuna, la periodista interesada en el libro “AVC, revelaciones y reflexiones sobre una guerrilla inconclusa” prefirió elaborar su reportaje utilizando las palabras e imágenes de quienes demandaban nuevos juicios contra Febres Cordero. Gracias a esta decisión, efectuada posiblemente para conformar un mensaje con connotaciones dramáticas y sin aburridos análisis, me evité herir las sensibilidades de viejos alfaristas a quienes respeto por no haber solicitado ni recibido favores para la dejación de las armas. No obstante, aún a riesgo de deshacer el cómodo silencio generado por ese oportuno recorte editorial, me gustaría acotar lo siguiente.

Sin duda alguna, el dolor por los hijos, esposos, hermanos y amigos perdidos permanece y merece reparación. Empero, una vez más, las acciones públicas altamente simbólicas podrían no rendir ningún fruto duradero. Como ex militante que no se reclamó ni se reclama como auténtico, también comparto el dolor... pero con un matiz diferente.

Me duele que los ecuatorianos conozcan o recuerden a Alfaro Vive Carajo a través de prácticas que, a lo sumo, podían generar indignación por un pasado de difuntos y no por un presente de moribundos. Desde el deceso de los comandantes y militantes de una guerrilla inconclusa, la violencia emanada de las características del sistema económico imperante ha cobrado innumerables vidas... tantas cuyos nombres ni siquiera pueden ser evocados porque no hacen noticia y son anónimos.

Por respeto a quienes sucumbieron ante el terrorismo económico y político orquestado desde una democracia de patrones y clientes, León Febres Cordero no debería ser juzgado por la eliminación de unos cuantos guerrilleros. Este personaje merece ser procesado, condenado y castigado por su conducta durante los últimos 22 años. Gracias a las pequeñas o grandes manifestaciones de su omnipresente poder, él ha logrado consolidar un país donde los pobres son estadísticas sin ningún futuro.

Bajo ciertas condiciones y enmarcada en una propuesta de transformación social, la memoria podría ser un recurso contundente para la acción colectiva. Y esto es lo que deberían tener en cuenta quienes alguna vez tomaron las armas en actitud irreverente frente a la complacencia de la izquierda y al regocijo de la derecha.

A quienes la muerte les evitó la vergüenza de convertirse en voceros de la incoherencia, no se los honra recordando el pasado de lágrimas y dolores de unos pocos. En un país que se desarticula día tras día por la voracidad rentista de los empresarios, por la corrupción de los políticos o por la injerencia del Banco Mundial, ¿¿¿ A quién carajo le importa eso ??

ii

El olvido es un recurso de poder. Por eso, cuando admiten la existencia histórica de AVC, la televisión y la prensa prefieren difundir reportajes centrados en las vivencias subjetivas de los entonces jóvenes insurgentes, convirtiendo a sus acciones, palabras o pensamientos en hechos con poca o ninguna relación con el país que existía y que persiste todavía. Confinar a AVC a este ámbito de significado es, simplemente, hacerle el juego a los artífices del recuerdo admisible y tolerable.

Siendo así, y aunque sea para incomodar a los dispositivos hegemónicos para la producción de olvido, deberíamos recordar aquello que, a pesar de nuestras infranqueables diferencias ideológicas, sí alimentó a quienes participamos en Alfaro Vive: la lucha por la vida y contra todas las estructuras, procesos y agentes que la coartan. En Ecuador, para incitar memorias y actitudes rebeldes, hablemos sobre lo que pasa y no sobre lo que nos pasó.